

VOZAL



SOPA DE CARACOL

EDITORIAL # 5



Equipo Editorial:

Mónica Eraso Jurado
María Teresa Garzón Martínez
Andrea Barragán Gómez

2020

Sopa de Caracol

El quinto número de la Revista Vozal coincide con la pandemia, el llamado Covid-19, un virus con corona. En realidad no es ninguna coincidencia. El encierro, el aislamiento, los diversos sentires y la incertidumbre activó en nosotras la necesidad de lanzar una botella en el mar de palabras de la red, un "Wuli Wani Wanaga" llamado. Este número coincide con lo que es el noveno aniversario de la revista, ¡sí, noveno! Un proyecto discontinuo, como este, se hace con base en la necesidad de decir, de escuchar, de juntarse con otrxs, de bailar y reír y de mantener viva la experiencia de lo colectivo. Hemos pasado por muchos estados en estos nueve años de existencia. De perras, devinimos virus que reivindicaban el contagio, nos transformamos en bestias de Indias y, ahora, por motivos de fuerza mayor, nos encontramos morando en el espacio insular de la caracola. Fue una sorpresa encontrarnos con tantas propuestas para esta quinta edición. Nunca antes habíamos recibido tal amalgama de deseos de participar en esta revista, que es un fanzine digital, sin demasiado pedigree, pero con muchas ganas de enlazar voces feministas del sur global. La masiva respuesta nos hace entender que el deseo de apostar por lo común se ha hecho más urgente en este tiempo de crisis, como también el de decirnos, expresar, citar, crear.

Al invitarles a pensar en colectivo para esta edición decíamos que: "El número 5 de la revista Vozal es un charco. Un fluido colectivo en el que muchas babas logran converger". No imaginábamos, entonces, que este sería un fluido tan vital, que reúne voces desde la Patagonia hasta Chiapas con experiencias, análisis, bailes, poemas, tejidos y dibujos que relatan distintos modos de vivir este tiempo extraño en el que todas estamos repensando lo que significa ser cuerpos vulnerables en este momento de la historia y, por ende, en la historia misma. Desde este fluido, "Watanegui consup lupipati lupipati Wuli Wani Wanaga", que no para de movernos, agradecemos a todas las voces que han hecho posible que nos descoleguemos una vez más. No tenemos claro el mundo que encontraremos después del encierro. Sabemos, en cambio, que existe un legado de luchas, de resistencias al tiempo que un legado de esperanza y, también, tenemos claro que la normalidad a la que nos habíamos habituado no es un lugar al que podamos regresar porque tampoco queremos. La falta de certidumbre es la conciencia de que la explotación y la violencia que la misma supone ha construido las certezas de unos pocos a partir de la contingencia cotidiana de los muchos y, sobre todo, de muchas. Celebramos, con esta edición, las varias y ricas experiencias que -como legados de los muchos futuros que podremos construir- nos invitan a pensar, ahora sí, en otros mundos posibles. ¿Alguien gusta sopa de caracol?

Índice

DE CARACOL@S Y VIRUS

Los ojos como puertas 10

Por: Laura Victoria Carmona

El virus posta 11

Por: Rocío Laria

La caracola irresponsable 14

Por: Diana Carolina Alfonso

Desde nosotros para no caer junto al desplome 17

Por: Ruperta Bautista

No al pico y género 20

Por: Andrea Barrgán

Virus del pesimismo 21

Por: Karime Ortiz García

Tal vez no está todo tan mal... 22

Por: Celeste Venica

Venganza de caracol 24

Por: Luisa Villegas

Pandemia 28

Por: Ani Ganzala

De la serie Lockdown 29

Por: Luz Helena Marín Guzmán

Y SI DE MORIR SE TRATA

Locura en el coronavirus 32

Por: Lola Perla

Y... Si de morir se trata 33

Por: Tina Pit

Lumingo 35

Por: Joel Inzunza Leal

Me cuesta 37

Por: Yinna Quiroga

Quietud 38

Por: Lucia Diegó

Noche taciturna 39

Por: Nanx Amapola Rojita.

La hermenéutica del polvo 40

Por: Mónica Eraso

NUNCA PONGAS REJAS A LAS VENTANAS

Cuarentena 48

Por: Lucy Tejada

Poemas en tiempo de coronavirus 49

Por: María Monjas

Mamá, nunca pongas rejas a las ventanas 51

Por: SoltAr - Bordados Políticos

Autorretratos de cuarentena 54

Por: Andrea Barragán

El derecho a la terraza 58

Por: Laura Rodríguez

Intimidad 59

Por: Sol Astrid Giraldo E.

En las vísperas de mi cumpleaños en cuarentena 63

Por: Meztli Yoalli Rodríguez Aguilera

En esta casa cabe el mar 65

Por: Marcia Cabrera Antía

¡BAILARLO TODO!

El baile de las 7 76

Por: María Monjas.

Rubix 77

Por: Lucy Tejada

Alejandra, corre y baila por tu casa Alejandra 78

Por: Mujer Pájaro

La salsa es un nombre genérico, para mí es el de una mujer 81

Por: María Victoria Córdoba

¡Ahí viene la marimba! 83

Por: Ana Karen Jiménez

De la serie Lockdown 85

Por: Luz Helena Marín Guzmán

¿QUÉ HAREMOS L@S POETAS?

¿Qué haremos los poetas? 88

Por: Stephanie Barbosa Torres

{ficção visionária num tempo pós covid-19} 89

Por: Bárbara Esmenia

A arte de transformar merda em rosas: 92

Por: Michele Torinelli

Hilvanando sentires en tiempos de cuidado 95

Por: Red de creadoras, Investigadoras y Activistas sociales

Alas color violeta **102**

Por: Ana Isabella Lombo

El origen del placer **104**

Por: Jessica Parra

Registros urgentes de un cuerpo en cuarentena **105**

Por: Camila Newton

Operación: asesina del popó **109**

Por: María Teresa Garzón Martínez

Juventude negra baiana **114**

Por: Ani Ganzala

De la serie Lockdown **115**

Por: Luz Helena Marín Guzmán

DE CARACOL

...@S Y VIRUS



"Los ojos como puertas, las puertas como cambios y atrás un nuevo orden".

Mi nombre es Laura Victoria Carmona, crecí en Manizales y decidí involucrarme con la comunicación Cultural, la danza y la fotografía. Actualmente habito la ciudad de Pereira y me enfocó por la fotografía documental y la exploración de lenguajes alternativos de comunicación como el fanzine y el podcast.

El virus posta

Por: Rocío Laria

De repente Facebook se convirtió en mi barrio. Salgo todos los días al muro y me encuentro vecinos, diciendo cual y tal cosa sobre la pandemia. Mis días transcurren transversal a los múltiples discursos que se disparan por mi pantalla. Se entrecruzan ante mis ojos viejas profecías, decretos de necesidad y urgencia, teorías conspirativas, conferencias de prensa, testimonios de desconocidxs, lecturas astrológicas, clases virtuales, audios de médicxs, y memes, muchos memes. Para complementar toda esa información, tres veces por día intento leer los portales web de los diarios "más importantes" del país.

Tal dispersión de información satura las costuras de mi capacidad de procesamiento. No estoy siendo capaz de organizarla. Ni suministrarla. Ayer creí comprender aquella frase tantas veces escrita en la literatura: todo cambió. Confieso que antes me sentía incapaz de comprender tal nivel de radicalidad. Pero ciertamente por estos días, me asalta, como oleadas, la comprensión de aquellas dos palabras. Entiendo que no tanto por las condiciones impuestas por la cuarentena, sino por sus consecuencias dentro de cada subjetividad y, sobre todo, por los desafíos que plantea a los espacios intersubjetivos. Cuando se nos rompe un hueso, aprendemos el valor del esqueleto.

Cuando se rompe la normalidad, cuando ésta se interrumpe... ¿Qué es lo que podemos valorar? Es difícil valorar la normalidad, fundamentalmente porque es una sumamente desigual. Sin el motor en automático, aparecen ante nuestros ojos de manera más clara las fisuras, el movimiento se congela y la inercia no parece ser suficiente para poder seguir fingiendo semejante ceguera. El "párate" nos puso anteojos y los cimientos ya no son tan bonitos, ni seguros, y hemos de decir que jamás han sido justos. En el barrio virtual son usuales los posteos buscando recomendaciones

para el entretenimiento, especialmente de series y películas. También aparecen links de bibliotecas virtuales abiertas, pero... ¿abiertas a quién? En el muro de mi barrio también una bandera que reza: "romantizar la cuarentena es privilegio de clase". Este silencio tan prolongado en lo que nunca para pareciera una clara demostración. Quédate en casa. ¿Cómo se absorbe una misma consigna en superficies tan irregulares? ¿Cómo esperar que se escuche una voz donde nunca se miró? ¿Cómo convertir de un plumerazo en visibles a lxs invisibles? ¿Cómo se seduce lo arrojado? Aunque en las márgenes de los grandes centros realmente es costumbre tener ciertos accesos vedados. Esta tarde, cruzando necesariamente la cuarentena, vi personas en la calle y debo decir que bastante más de las que debería. Pero casualmente eran personas que no estaban violando ningún decreto, puesto que, así como andaban, deambulando, estaban de hecho permaneciendo en sus casas.

El virus Covid-19 viaja y se esparce en avión y la velocidad de uno. El virus del hambre, sin embargo, se contagia vía congénita y para llevar mejor las estadísticas se le acuñó el concepto de pobreza estructural. Hay una parte, una parte latiendo, que tenemos sesgada en nuestras percepciones diarias. Una insensibilidad que poco a poco se va configurando como un órgano más de nuestra anatomía. La increíblemente egoísta sensación, de que todxs gozan las mismas condiciones que nosotrxs y la falacia de que el acceso al mundo está garantizado para todxs. Exijamos, entonces, distanciamiento social para las familias hacinadas en una habitación. Hablemos del hashtag [#yomequedoencasa](#) a lxs indigentes. Habilemos urgentemente licencias a lxs changarines, extendámosle salvoconductos a los pibitos y pibitas triplemente huérfanos, de padres, del Estado, y de la sociedad, que encaprichadxs insisten en patear la calle en plena cuarentena global. Humildemente deseo que esta adversidad mundial nos devuelva más humanxs. Más conscientes de nuestras fragilidades, de que al mundo lo movemos entre todxs, de que nadie sobra, aunque se empeñen en asegurar lo contrario, que ya

preferamos salir con anteojeras para no ver.

Deseo que el inminente beso con el ángel de la muerte del algún modo nos despierte, como el príncipe a la bella durmiente, para ayudarnos a darnos cuenta por fin de que todo es un cuento, pero uno al que le faltan hadas. Que el miedo por nuestros viejos nos espabile el amor por la vida, que encienda las ganas de una familia más ampliada, de vínculos comunitarios. Creo sinceramente, que quienes tenemos el dichoso privilegio de acceder a la información, tenemos también la responsabilidad y el deber ético de educarnos, intelectual y espiritualmente. Alguien escribió en alguna pared de San Francisco: "Si el voto cambiara algo, sería ilegal". Seamos entonces, cada unx, inmensos agentes de transformación. Y ojalá que el virus derribe todas las coronas, que sea el inicio del final de la palabra privilegio y que podamos hacernos cargo también de nuestra visceral necesidad del otro. De ese otro tan distinto, que con su diferencia no arriba, sino siempre para salvar o sanar, para salvarnos del verdadero y severo encierro y de la misma muerte.

Rocío Laria nació 1993 y es oriunda de Laprida, pueblo ubicado centro-sur de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. desde hace algunos años reside en La Plata donde cursa sus estudios superiores, Profesorado en Danzas y Lic. en Ciencias de la Educación. En 2017 y 2019 publica sus dos primeros poemarios: "Autopartes del Naufragio" y "Poesías para Abrir" respectivamente.

La caracola irresponsable

Por: Diana Carolina Alfonso

Me presento: soy la caracola irresponsable. Soy estudiante y militante colombiana, residente en Argentina. Estuve viviendo en Haití, en el mes de enero, mientras el coronavirus se propagaba por China. Si bien algunas noticias sobre la enfermedad empezaban a llegar a la Perla del Caribe, a nadie pareció importarle. Tampoco a mí. La última epidemia allí fue llevada por la mismísima ayuda internacional de la ONU, en el 2010. El virus del cólera dejó en su camino casi 9 mil muertxs aquel año, como si la enfermedad hubiera sido una réplica inmediata del terremoto. Entiendo que la fortaleza del pueblo haitiano se basa en el ejercicio cotidiano de la solidaridad llevada a su máxima expresión. Por momentos parece que todos y todas confluyen en una gran familia, casi como un rompecabezas de familias ampliadas que se interconectan para vivir dignamente, sean cuales sean los medios para lograrlo. Salvo en momentos de máxima confrontación anti imperialista, en ninguna cabeza haitiana cabe la idea del aislamiento ni de la individuación. Y aunque Haití sea una nación empobrecida por las constantes invasiones extranjeras, no es común ver gente durmiendo en la calle, ni niños intoxicados, ni acoso sexual callejero, porque la episteme del cuidado parte siempre de la praxis colectiva de la solidaridad. Pienso que esta unidad social hizo que las tempranas alarmas del virus no se percibieran como un gran problema. En un país con las características mencionadas las medidas disociadoras para la contención de la pandemia son inaplicables, por el mero hecho de que son inimaginables. Más que caracoles dispersos, la haitianidad parece vivir continuamente bajo un gran caparazón de tortuga marina.

A fines de febrero volvimos con mi pareja a Argentina e inmediatamente viajamos a Chile. Con las mujeres de su familia vivimos el 8M -Día Internacional de la Mujer- en Plaza Dignidad, rebautizada

así por el movimiento social levantado contra Sebastián Piñera y todos los delegatarios del experimento neoliberal de los Chicago Boys y Augusto Pinochet. Estando en el centro de Santiago supimos que la histórica convocatoria en España había mermado. Las militantes de allá pedían a las mujeres del mundo resguardarse en casa para evitar posibles contagios. La noticia pasó sin pena ni gloria. Santiago vivía con total algarabía la mayor convocatoria feminista de su historia. Alguien del gabinete del Presidente Piñera dejó ver la posibilidad del aplazamiento del Plebiscito Nacional por miedo al virus. La respuesta opositora fue un contundente "ándate a la chucha" y la cosa quedó ahí. En la balanza de los alarmismos la prensa hegemónica chilena decidió privilegiar la instalación del discurso sobre el respeto a la propiedad privada antes que al topic pandémico. Una manifestante del 8M nos comentaba que daba igual enfermarse de pulmonía o corona, si de todas formas el sistema de salud chileno estaba pensado para dejar morir a la gente esperando una camilla en un hospital. Para los medios de comunicación resultaba menos contradictorio hablar de saqueos que de salud. Durante mi estadía en Chile tampoco vi caracoles ni caracolas. En octubre del 2019 la gente, harta de los abusos y la represión, decidió sacarse los caparzones de su seguridad neoliberal y asumir el riesgo de vivir vueltos pa' fuera, como diría Víctor Jara.

Sin percibir amenaza alguna remontamos a la Argentina justo dos días antes del cierre de frontera. En el aeropuerto nos recibió un dispositivo de seguridad salido de la serie "Chernóbil". Desde entonces el virus se ha convertido en una avalancha de histerias y bordes humanos peligrosamente fascistas a los que tengo que oponerme con irresponsabilidad. O así lo entendí cuando empecé a ver pulular por redes videos con explícitas connotaciones punitivas. Uno de ellos hace al nombre de esta caracola. Fui a cierto canal de noticias online y me detuve en un video grabado en una comisaría del conurbano bonaerense. En algo que para mí es un claro abuso de poder: se veía a un comisario

insultar a un adolescente por acompañar a su novia a casa. Le llamaba irresponsable una y otra vez. En el estudio de grabación nadie parecía preguntarse por qué un adolescente estaba retenido en una comisaría sin cargos, ni proceso, ni abogadx. Mientras tanto toda mi red de amistades migrantes escribía sobre abusos de carácter xenófobo en farmacias y kioskos. De la nada cualquiera se acercaba –lejanamente– a preguntarles cuándo habían ingresado a Argentina y por qué carajos no estaban en sus casas, o en su país con sus familias.

Todo este recorte de garantías sociales me ha llevado a tomar una decisión inapelable: no voy a ser la epidemióloga del miedo fascista de nadie, tampoco la guardiana de la seguridad del estrato medio, blanco y profesional de esta ciudad. Mi casa no es mi gueto personal. La puerta de mi casa es la puerta abierta de todas las casas que me han recibido. Por respeto a quienes brindan su hogar en medio del ocaso, de cualquier ocaso, defino hacer de mi casa su caparazón, su patria en fuga, su familia ampliada. Si se entiende que vivir en Latinoamérica es llevar la lucha por la vida hasta sus últimas consecuencias, que sea entonces la solidaridad la medicina contra el ensimismamiento y la punitiva desconfianza.

Diana Carolina Alfonso cursa el Profesorado de Historia en la Universidad Nacional de La Plata. Es investigadora colombiana de formación marxista-leninista. Se desempeña como analística decolonial y tallerista de la pedagogía decolonial en contextos de encierro. Milita en la Cátedra Libre de Feminismos Populares y Latinoamericanos "La Martina Chapanay".

Desde nosotros para no caer junto al desplome

Por: Ruperta Bautista

El sistema capitalista siempre ha sido un sistema destructor que quiere someter con sus métodos, técnicas, usos y costumbres a los pueblos que conviven con la naturaleza y la madre tierra. El capitalismo quiere imponer sus reglas y principios ahí donde está latiendo la vida. Pero en los últimos días se ha manifestado que aún siendo países muy ricos y capitalista, no pueden defenderse de un virus, por eso algunos dicen que caerá muy pronto el capitalismo. Lo significativo de este desplome, es no caer con ellos, con los capitalistas. Porque tal vez, algunas personas, muy ahí en sus sistemas de pensar que es muy del occidente y se transportan con ellas, en sus pensares rumiaron que estaban haciendo la revolución contra el capital. Pero traían su misma vestidura en el pensamiento, sus modos, su hacer y las prácticas del capitalismo. Por eso es muy fundamental darse cuenta que la resistencia, re-existencia, re-evolución, re-acción no es sólo en la representación si no que es desde la práctica diaria con la gente, con los pueblos y comunidades. Como sabemos ahí por enero del 2020 se escuchó la noticia de un virus en China que estaba matando mucha gente. Y entonces ahí es cuando surgen las preguntas ¿Por qué en China? ¿A caso los chinos no tienen ahí un modo diferente de comprender la vida, además del capitalismo? Y ¿por qué ese virus atacó a los italianos y a los franceses si surgió en China? ¿Acaso no tienen un sistema de salud de primer nivel los italianos y franceses? Porque esos países son de mucho capital monetario. Entonces ese virus ¿por qué ataca a los viejos y a los niños? ¿Por qué ese virus dicen que no es biológico? Que es grasa, que cuando toca el organismo se transmuta, pero que no vive mucho tiempo, y si te lavas con agua y jabón se muere. Pero la situación de nuestra realidad, de los pueblos de estos lados de la Abya yala, está muy complicado tener agua para lavarse las manos. Porque las empresas transnacionales se dedicaron a robar nuestras aguas, nuestras tierras y nuestra naturaleza. Pero realmente lo que

pensamos es que no les importa si nos lavamos las manos o no. Se opina que se empezó a difundir ese virus porque murieron viejitos ricos, aquí en nuestros territorios de por si nos matan y nadie le importa. Po eso ahí las muchas preguntas. ¿No será que es Donald Trump quien lanzó su guerra bioquímica con el país de China por miedo a que se quedara sin poder? ¿No será que los Chinos si se mostraron mejor preparados y entonces ganaron la guerra bioquímica a los Estados Unidos? o ¿Ese Donald Trump quiere controlar muchos territorios y por eso lanzó su arma bioquímica? Porque ese no tiene vergüenza para hacer cosas malas. Observa y medita un poco lo que está haciendo Estados Unidos en tiempo de epidemia. Envía tropas a otros países sintiéndose omnipotente y sigue con sus objetivos de guerra y dominación. Notamos que los capitalistas siguen pensando en el capital en medio de la peste, mientras que la salud de la mayoría de la población está agonizando. Aquí es cuando necesitamos voltear a ver la medicina que utilizaban nuestras abuelas para cuidar de nuestra salud sin necesidad de ocupar la que está al servicio de los ricos, son sólo ellos quienes se hacen millonarios. Por eso se propone que este es el momento para regresar a retomar el conocimiento y sabiduría de nuestros pueblos, aquellos quienes han sobrevivido más de quinientos años. Ahí debemos buscar la respuesta. Urge mirarse, mirarnos y darse cuenta cómo estamos parados, dónde estamos parados para saber organizarnos desde nosotros que somos mucha gente de raíces antiguas, desde antes de la existencia de los Estados, desde antes de la existencia del imperialismo, desde antes del capitalismo. Tenemos que voltear a ver que no necesitamos al capitalismo, ni los Estados que son manejados por grandes capitales para controlar al pueblo. Eso precisamos hacer para re-comprender, re-entender, re-aceptar y no caer junto al desplome de capitalismo. Re-empezar y re-continuar las practicar y acciones de re-existencia colectivamente comunitarias desde nosotros como parte de culturas milenarias. Porque en el sur vemos que vamos lentos pero seguros desde la soberanía de los pueblos, desde un nosotros sin el individualismo y egoísmos del patriarcado

depredador con su poder sobre los pueblos.

Ruperta Bautista. Educadora popular, escritora, antropóloga, traductora y actriz Maya Tsotsil. Autora de poemas, ensayos, guiones de teatro y narrativa. Ha publicado en México, Ecuador, Estados Unidos, Italia, Canadá, Francia, España, Suecia y Escocia. Algunos textos suyos han sido traducidos al inglés, francés, italiano, catalán, portugués y sueco.



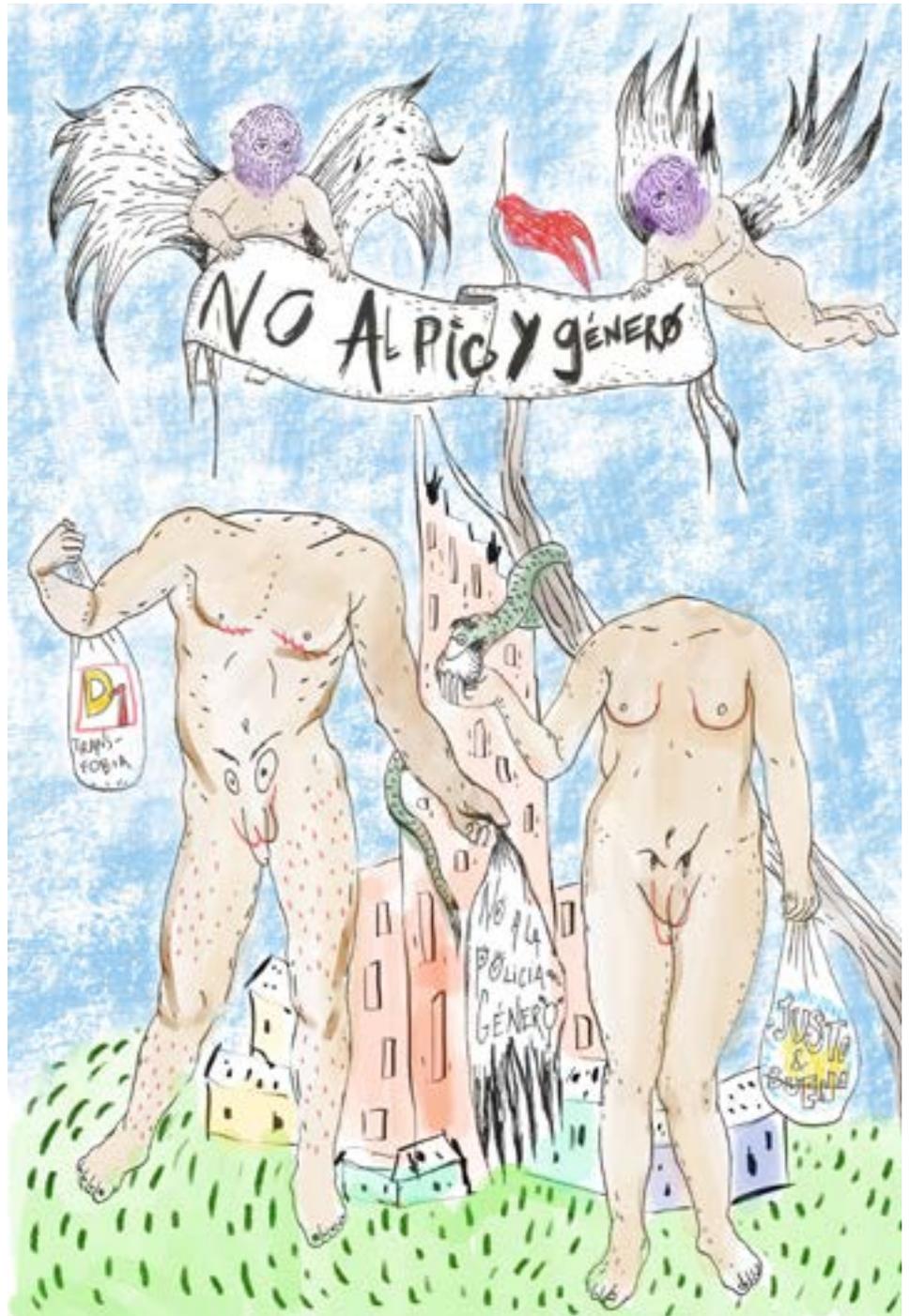
Marian Calle es mujer o algo similar. Feminista latina rioplatense. En su tiempo libre siempre está haciendo cosas. En imágenes alza la voz de quienes muchas veces no la tienen. Juega también creando personajes fito y zoomorfos. Su tenacidad es igual de punzante que su bisturí.



Andrea Barragán

23 de abril · Editado ·

Con esta política se acentúa la violencia sobre nuestros cuerpos fugados de la norma sexo genérica. El otro día me tocó ir a merchar porque en este momento soy quién está sosteniendo a mi familia. Y regresó de nuevo ese juicio moral que siento sobre mi cuerpo, miradas en mis tetas todo el rato. Como si no fuera más que el misterio sobre cómo vivo mi género y sexualidad, como si no fuera más que lo que tengo entre las piernas o lo que debiera tener, o lo que podría tener. Es sin duda una medida peligrosa que incrementa la transfobia, la lesbofobia, la homofobia y nos margina a las esquinas opacas de esta sociedad, en donde los mitos o "verdades" implantados desde la religión, la medicina, la "familia" y demás instituciones niegan todo lo que puede un cuerpo.



Andrea Barragán es artista visual y co-editora de la Revista Vozal . Ha desarrollado proyectos que se pueden entender dentro del activismo como posicionamiento crítico guiado por la perspectiva trans-feminista, para hacer de las prácticas creativas una herramienta que permita imaginar el cambio social o al menos fortalecer las resistencias, las agencias y el empoderamiento. www.andreabarragan.net

Virus del pesimismo

Por: Karime Ortiz García

Hay una amenaza en el aire, una que nos enferma, una que nos mata. Una que no se ve a simple vista, pero que se siente en el cuerpo y que refleja la carencia de tejidos sociales para combatirla. Se nota la falta de empatía, la rabia, la impotencia, la desigualdad e incluso, salen a la luz nuestras actitudes separatistas más arraigadas. De nuevo se siente el blanco y negro, el vaso lleno y el vaso vacío, el arriba y abajo, lo bueno y lo malo. Unos contra otros, miedo, cambio y pausa. Es una pausa no pedida desde el consciente, pero: ¿y el inconsciente?

¿Una amenaza invisible? Me suena conocida, se parece a la mano que maneja el mundo, al ojo que todo lo ve, al fin del mundo... Para mí, siempre ha estado presente este miedo de una forma u otra. Se parece al miedo que tenemos las mujeres al salir de casa y algunas incluso dentro de ella. Se parece al miedo que tenemos los mexicanos a la guerra contra el narcotráfico. Se parece al miedo que tenemos a desaparecer, a ser secuestrado o a aparecer muerto. O, se parece al miedo que tenemos a no tener dinero para comer hoy. Antes de esto, ya había un miedo latente diario. Entonces, ¿qué tiene de diferente hoy a otro día? Que este paro se valida, se puede y se hace. ¿Y qué detiene a esas otras amenazas invisibles que vivimos diariamente?

Para mí, lo que vino esta nueva amenaza a demostrar es que el sistema puede parar. Que el sistema puede cambiar si las circunstancias lo ameritan y que si lo que se juega es la vida o la salud o el bienestar, forzosamente hay que parar, reflexionar y modificar.

El mundo parece alentarse, darse un respiro. ¿Qué pasará después? Cambio. No soy vidente, y no sé para dónde irá esto; sin embargo, comienzo a ver un destello de optimismo.

Por ahora tengo algo seguro: que el miedo a morir lo perdí hace mucho tiempo. .

Nací en la Ciudad de México en 1993. Me encuentro terminando la Lic. en Desarrollo Humano para la Sustentabilidad, en la ciudad de Querétaro. Me gusta leer, escribir, pasar tiempo en espacios verdes, libres y llenos de animales. Reflexiono mucho de los temas que me tocan, sobre todo de política y de feminismo. Este virus no me da más miedo que la excesiva violencia que se vive en mi país desde hace varios años.



Tal vez no está todo tan mal...

Por: Celeste Venica

Entre sopas de murciélagos que nunca probaré y pantallas que comunican con el exterior, transitamos el año de la Rata. Éste que ya tenía predicciones heavies... Y no por culpa de los chinos a quienes admiro en su cultura, sus valores y en su lucha contra el fucking capitalismo y, por ello, debieron soportar epítetos dictatoriales. ¡Aguanten los chinos!

Hoy quisiera discutir eso de las libertades, la democracia y tantas cosas que supimos conseguir, cuando son sólo declamativas para muchas geografías occidentales.

Creo que casi escribo este texto en diálogo con mi amiga colombiana, sin pensar en el protocolo ni las formas académicas. Una cosa me da vueltas hace unos días: estoy a la misma distancia de mi amiga colombiana que de la amiga que está a 5 kilómetros. Hace no sé ya cuántos días, tránsito, como todes, una cuarentena. Desde mi cuarto, como diría Virginia, parece que el mundo se achica, se hace más pequeño. No sólo porque la constante conexión digital está a la orden del día, sino porque como si fuéramos unos pocos, como si se hubiera concretado la idea de Rousseau de una pequeña democracia, el mundo se ha puesto de acuerdo en pararse, en no salir a la calle. Algo que parecía impensable, lo decimos y vuelve a retumbar en los oídos como una ensoñación pesadillesca

para muchas.

El caso es que en estas latitudes del sur –en Argentina– se decretó el aislamiento obligatorio antes que la pandemia nos azotara, antes que ciudades que llevaban varios cientos de muertos y seguían la fiesta como si nada, antes incluso que muchas pensáramos: ¡qué exageración! Y saben que resultó que no estábamos locos. Resultó que nos dimos cuenta que junto a nosotres había un Estado que planificaba, que pensaba más allá de las individualidades. Y resultó que el aislamiento generó consecuencias económicas para los más desprotegidos y allá el Estado salió a subvencionar. Y pasó que se quisieron despedir miles de empleadas de empresas y allá salió el estado a frenar y decir: “es tiempo que los que siempre ganaron, ganen menos”, pero “nadie se queda sin trabajo en estas condiciones”. Y se concentraron las compras de respiradores mecánicos para garantizar que se distribuyeran donde se necesitaran y no donde la especulación particular lo desee, y se llenó la televisión pública de contenidos educativos y culturales para niños y toda la familia, y tuvimos recitales gratis en casa, desde casas. Y se replegó la “grita” esa que había dividido a los argentinos por los últimos 4 años (no digo se cerró porque las especulaciones mezquinas de la oposición ya empezaron a hacer de las suyas, pero los argentinos en general ya no damos bola).

Y de golpe, cuando una baja la ansiedad, hace unas clases de yoga virtual (dada por alguna amorosa amiga al grupo de comadres) y reactualiza la teoría, aquella que estudió hace 10 años en la centralidad que marcaba los destinos del mundo porque era el modelo a seguir... Se da cuenta que, hace 30 o 40 años, se viene pregonando por moda, por neoliberalismo, por distintos intereses, la caída del estado. Y ¡claro! nuestros estados latinoamericanos, de conformación liberal en el siglo XIX, tenían el modelo europeo. Modelo que llevó a democracias ideales, en tanto no reales, ficticias, que profundizaron las desigualdades, masacraron y trabajaron para que la distribución de la riqueza sea poco equitativa, pero, ¡PERO! Hay otra tradición en este país que piensa otro Estado y que hoy está

demostrando que no sólo funciona sino que está salvando vidas, nos está cuidando. Eso sentimos gran parte de la población.

Ojalá mañana, cuando nos abramos las puertas, los aeropuertos y las distancias vuelvan a ser reales (porque el pago del transporte nos movilice, o no, hasta otros lugares), podamos recordar esto que está sucediendo. Ojalá podamos entender la importancia de la construcción de otras formas de Estado en Latinoamérica. Espero que podamos escribir otras teorías del Estado desde nuestros lugares de enunciación y que nos sean funcionales.

Nac. 17/06/1975 en Neuquén- Argentina. Se formó en la ESBA como Profesora de artes visuales especialidad Escultura. Licenciada en IUNA (Universidad Nacional de Arte- Bs. As.) y Magister en Museología y Teoría Crítica en UAB (BCN -España. PEI - MACBA). Ha realizado diversas clínicas, seminarios, talleres, así como exposiciones en Argentina y otros países. Vive y trabaja en Argentina.



Venganza de caracol

Por: Luisa Villegas

Un caracol de agua dulce traído desde algún río de las montañas de Antioquia, fue el primer "animal de compañía" que tuve. Vivió, durante algunos meses, en un tanque de agua de 70 cm² que tenía mi casa de ese entonces en el patio, se alimentaba de cáscaras de verduras y hojas de lechuga sobrantes de las comidas que preparaba mi madre. Un día, y porque estaba en el suelo al lado de su tanque, quizá en un intento de huida o desprevenida exploración, atropellé con los patines a mi querido caracol. La reacción automática de mi madre, con su pragmatismo característico, fue desechar aquel animalito en el bote de la basura. Después de consolarme, me explico que, aunque no era mi culpa, si era mi responsabilidad, que a veces la vida funcionaba así, ¡sin más! y que no

había nada pudiéramos hacer por él.

Hace unos meses vine a vivir a Madrid. Perdida por Lavapiés con mi compañera de esta aventura transatlántica, vimos la puerta de un bar con un vidrio completamente agrietado que parecía haber sido baleado, con aglomeraciones de caracoles pegadas a las grietas. Recordé mi caracol y le conté aquella historia. Al final agregué que, con el tiempo y mi afición a la biología, aprendí que los caracoles pueden reconstruir su caparazón, por lo que esa puerta me parecía una entrañable metáfora visual sobre la colaboración y la resistencia. En contraste, mi compañera leía en la misma puerta la paradoja de lo paciente y colectivo como forma de ataque no violento, como “la venganza de los caracoles”.

Solemos fantasear juntas con historias espectaculares de un “orden natural” que se subleva y venga de la humanidad; sin embargo, la fantasía es menos sofisticada que la amplísima gama de matices que componen la ficción operativa de “lo natural”, de la que por siglos hemos intentado dissociar la especie humana. Si bien, las experiencias de mundo de cualquier organismo son radicalmente inherentes a la especificidad del mismo; es decir, la experiencia del espacio de un caracol es radicalmente distinta a la de un humano, existe un único e inexorable factor “espacial” que nos anexiona: el planeta Tierra.

La metáfora del caracol que arrastra su casa –como núcleo básico de pertenencia y arraigo en el mundo–, ha cobrado muchísimo sentido para mí en los últimos años. En este estar en tránsito de la migración he sido consciente de que mi cuerpo entraña todo aquello que me conecta con una historia contextual particular, desde mi acento hasta la manera en que articulo el pensamiento. Esto

me ha permitido asumir la amplitud y límites que implica esta corporalidad particular, en niveles y sentidos diversos. Y sin imaginarlo también cumplí mis 28 años bajo una orden de confinamiento por el microscópico y devastador Covid-19, lo que ha redimensionado esas conciencias.

He pensado mucho en lo que significa estar confinada. La palabra confinar implica recluir algo o a alguien dentro de unos límites, generalmente espaciales. Pareciera que la medida únicamente logra relacionar sujetos/cuerpos a espacialidades/casas, bajo el presupuesto de que no sólo todos contamos con un cuerpo y una casa, sino que basta con estos dos elementos, independientes, abstractos y normalizados, para existir, pero ninguna relación es tan plana y simple. ¿Qué significa estar confinado? ¿Quién y qué determina al sujeto y delimita el espacio del confinamiento? ¿Cuándo empieza? ¿Acaso la especie, el sexo/género, la raza, la ubicación geográfica, la viabilidad de un cuerpo no son ya los primeros límites-bordes-fronteras, que establecen el lugar que ocuparemos en el sistema/mundo?

La experiencia del espacio es tan distinta entre un caracol y un humano, como lo es el confinamiento para un ciudadano y un indocumentado o la calle para las corporalidades asociadas a lo masculino y las asociadas a lo femenino/disidente. Aunque las relaciones tanto entre humanos, como entre humanos y otras especies, están culturalmente construidas sobre el establecimiento de jerarquías, nuestros cuerpos son una sopa de bacterias a la que el ingrediente virus, está pudriendo.

La fantasía de una naturaleza sublevada, de una venganza de los caracoles que en algún punto me parecía ciencia ficción, ahora se me antoja cálculo matemático. Los últimos años se ha reproducido y extendido la idea racista de que los virus que han amenazado la especie humana provienen de Asia. Juzgamos en estos "otros" su relación con los animales y la alimentación como algo reprochable.

Sin embargo, pocos hablan del histórico consumo y crianza de caracoles en la zona geográfica de lo que hoy es Europa, aún cuando estos sean potenciales vectores de zoonosis. Tampoco genera mucho escándalo la industria estadounidense de bovinos que implica emisiones Co2, miles de litros de agua contaminada y hectáreas y hectáreas de tierras infértiles de países latinoamericanos vendidos.

Indistintamente de su operatividad frente al monstruo microscópico, el confinamiento del mundo entero está revelando los pormenores de nuestro carácter simbiótico/discursivo/decadente. Si pudiéramos pensar en tiempo evolutivo de caracol, tal vez sería más sencilla la conciencia de que ya no es tiempo de hacer pequeños cambios y de que puede ser momento de dar espacio a los demás seres que hemos confinado a pequeños territorios llevándolos al borde de la extinción. No se trata de culparnos, sino de asumir la responsabilidad de que en este punto y aun con toda la información que hemos tenido a nuestra disposición, no hemos logrado hacer lo suficiente por ellos, ni por nosotros, vale la pena preguntarnos justo ahora, como especie, como colectivos, como individuos: ¿qué hacemos aquí?

Soy historiadora y artista plástica, he participado en la formulación y producción de proyectos curatorial/artísticos y académicos interdisciplinarios entre las ciudades de Medellín, Bogotá, México D.F y Madrid. Trabajo/existo desde la insumisión y transversalidad intentando conectar procesos de investigación histórica y prácticas artísticas contemporáneas, con un especial énfasis en procesos colectivos y críticos.

Pandemia

Por: Ani Ganzala



Soy Ani Ganzala, negra, madre, tortillera, artista decolonial nacida en Salvador-Brasil. Trabajo con acuarela y graffitti, algunos temas de mi trabajo se mueven alrededor de la comunidad negra, especialmente alrededor de la espiritualidad y las conexiones transatlánticas de la vida de las mujeres negras y las lesbianas de la diáspora, desde el Sur Global.

De la serie Lockdown

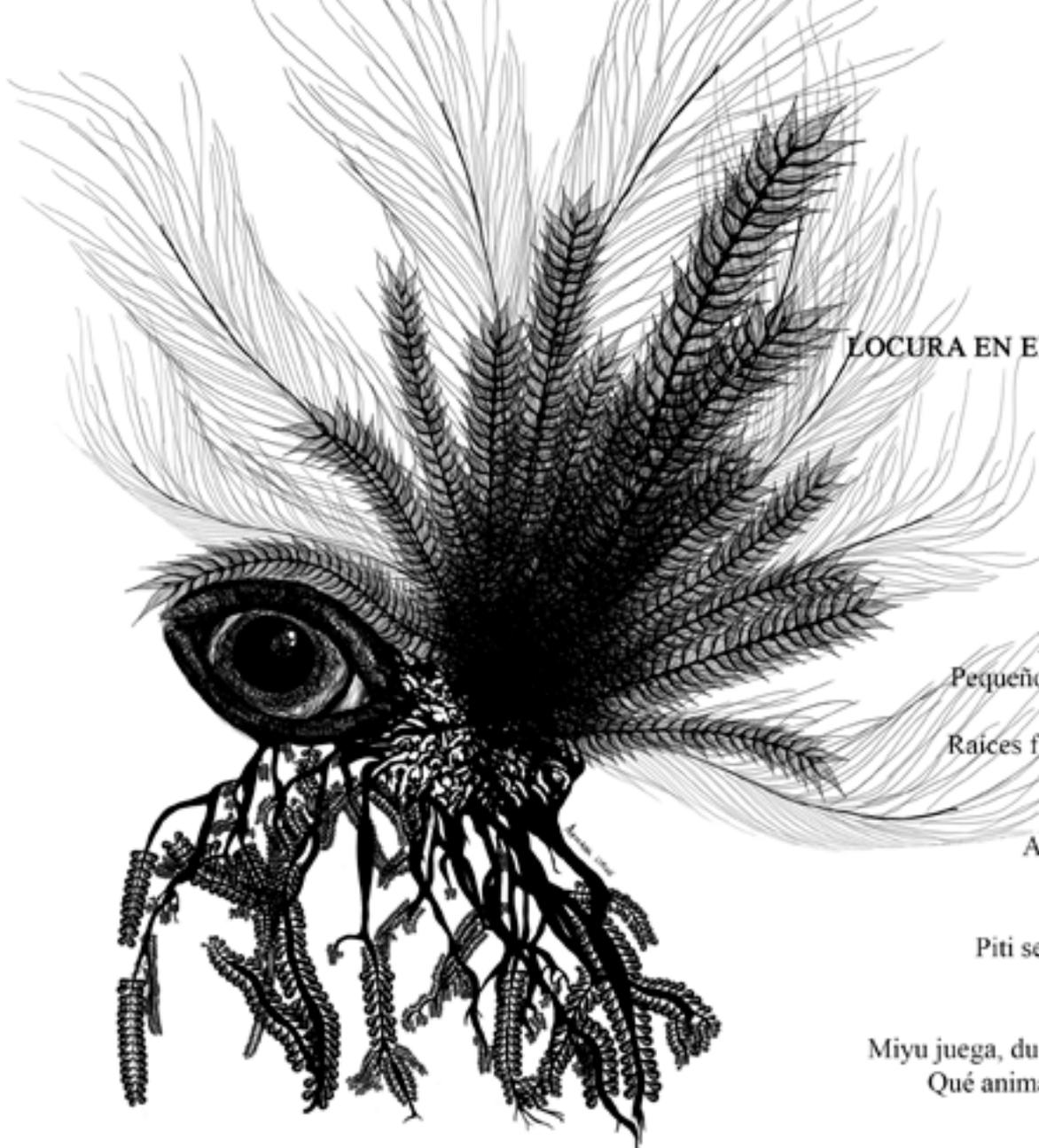
Por: Luz Helena Marín Guzmán



Luz Helena Marín Guzmán nació en Bogotá, Colombia, en 1980. Estudió Restauración y Conservación del Arte para relacionarse con el arte desde una perspectiva más técnica y no tan conceptual, luego se especializó en Estudios Culturales que le permitieron hacer un diálogo entre lo artístico y lo político, incluyéndose a sí misma como la primera persona en su trabajo sin ser el tema principal, pero demostrando que no puede lograr su trabajo más allá de ella. Los temas son simplemente expresiones de varios eventos en su vida privada que se hacen directa o indirectamente comunes a los seres humanos pero que tienen en cuenta su condición de mujer, latinoamericana y eterna extranjera.

Y SI DE MOR

IR SE TRATA



LOCURA EN EL CORONAVIRUS
por LOLAPERLA

Prisión
Domestica
A quién?

Invasión territorial...
Pequeños esquejes, sin hojas
Agua! Ancestralidad
Raíces flotantes subacuáticas

Encierro forzado
Albergue-Casa?, CIE?
A quiénes?

Piti se ahogó, -pio pio pio-
Recuerdo
padre me das asco
Miyu juega, duerme, no come, traga
Qué animalejes pueden tragar?

Movilidad, Control, Vigilancia = Fronteras = Necesidad = Xenofobia = Bienestar
Virus = Resiliencia = Adaptación = Muerte = Distancia = Cuidado = Insensibilidad = Suicidio =
Depresión = Economía = Racismo = Violencia = Odio = Empobrecimiento = Angustia = Ansiedad =
Industria Farmacéutica = Vida?

Confinamiento, Domestica, A quiénes?

Una casa, donde puedo estar, tranquile. Muchos años viví sin casa, por ahora vivo en una. Me alegro por mí y, me lo debía. Me resuena quienes no la tienen, algunos peques.

Quienes hemos vivido violaciones sexuales incestuosas en la niñez, y que nos han enloquecido, sabemos la tortura que es, vivir con quien te viola. También pienso en quienes de edades adultas aun no reconocen a su violador o violadores familiares o conocidos, y tienen que seguir conviviendo como si nunca nada hubiera pasado. Situación que enloquece. A veces sin saber cómo o por qué motivo, no se recuerda la historia de la propia infancia.

Los momentos que uno se libra de sus invasiones sexuales, suelen ser cuando están trabajando, eso si no nos llevan con ellos. Y cuando puedes estar en otros espacios, con otras personas. Lejos de aquello que llaman casa. Cuando vives sin casa. O las casas, las conforma el Estado. Y las prisiones establecen las fronteras de las realidades.

Lola Perla. Poesía: Loca Racializade, Artista Feminista y Amante de la vida monstril.
Adriana Luque. Ilustración: Comunicadora Audiovisual, Softweriana, Andaluza



Y... Si de morir se trata

Por: Tina Pit
2020

*"Morir
Es un arte, como todo lo demás,
Yo lo hago excepcionalmente bien."*

LADY LAZARUS – SYLVIA PLATH

1

Yo vengo desde adentro para dentro
Como la aguja que cose la herida por detrás,
Confinada en el estrober de los parpados frenéticos
de quien no se rinde a la muerte por ahogo
en el azul salino del salado mar.

Yo vengo desde adentro para dentro
a escarbar,
Con las uñas Largas y flácidas
abrir una ventana
en este muro recientemente construido
Por donde pueda sacar
La cabeza, las extremidades y el deseo
Pero no el cuerpo en su totalidad.

Yo vengo desde adentro para adentro
A gritar una canción desafinada
Que escuché despistada
Cuando corría como loca en su azar
cantaba de cuerpos que se entrelazaban
De una grama verde
Donde se revolcaban

De fluidos, de pieles erizadas
de espasmos y cascadas
y de otras cosas
que ya olvidé

Yo vengo desde adentro para dentro
Por que afuera se ha cerrado
Afuera es un espacio clausurado
Que tenemos que inventar.

Las huellas de los dedos son mapas
los intersticios en el tiempo trampas
Y el espació en el que yaces
El corazón delator.

La muerte
No es una maldita desclasada
Muere la flor y la cizaña
Crece la uña muerta
Incluso después de morir.

2

Y si de morir se trata
No tenemos que salir,
Las palabras son plásticas
Y elástico el fin.

Y si de morir se trata
No se necesita nada
Puedes estar precarizada
Y sólo dejarte ir.

Y si
De morir se trata...
Yo no quiero vivir así.

Jorge Hernán arce AKA, Tina Pit. Transformista, cabaretera, y poetisa. Directora del laboratorio de exploración y cabaret transgénero: "Ciudad disforia" con el cual interviene en diferentes espacios de la ciudad a través del performance y la poesía.

Lumingo

Por: Joel Inzunza Leal

Otra vez comienza la semana y me doy cuenta de que mi olfato no está funcionando. ¿Tendré el CoronaBayron? Una tía me dijo que fallaba la nariz, algo así, como que desaparecía. Que era uno de los síntomas, me lo decía como hablando pa' adentro. La imaginaba con una mano en el pecho y otra al teléfono. "¡Así como atacá! Mijito, hágase ver", me dijo... No sé si era sobre el virus, mi cabeza o que ya era lunes y no me había dado cuenta. Mientras preparaba unos huevos revueltos, miraba las lavandas de la cocina, los especieros y la cafetera que bailaba al fuego con patitas azuladas. ¡¿Qué mierda habrá tomado Alicia pa' ver tanta wea?! Como que no huelo las cosas. ¡Oh vaya! ni menos que me bailen a mi alrededor ... ¿Tendré una especie de melancolía olfativa o será parte de los síntomas de cuarentena? A veces cuando desayuno muy temprano se me caen unas lágrimas. Bailan, bajan, un poquito calurosas, pero suavitas. Sigilosas como en guerra matutina, camuflándose para no ser vistas. Y ahí, cuando el enemigo pudiera darme con su mejor puntería, levanto el rostro nublado de lágrimas, tomo un gran sorbo de café negro... Y aparecen. Tengo una lista de cosas que quisiera decirte. Mientras pienso en eso, un gesto expresivo, casi estúpido, me invita a chorrear un poco de café en la mesa. Agarro un puñado de servilletas, las aplasto sobre la mesa y comienzo a llorar mientras limpio. ¡Que tonta! Quisiera verte, recorrer tu mirada con la mía, olfatearte por última vez. Este confinamiento me perturba la libertad. Y tengo tantas ganas de hacer cosas, como por ejemplo ir a tu casa, decirte que estoy afuera y aunque estés con mascarilla, guantes o un traje galáctico, levantarte la mano, que me veas y verte. Tengo ganas de bailar en pelota en Plaza Dignidad. Saltar y cantar ¡Piñera Culiao!

Hay días en que me pongo a bailar, la euforia se viste de colores fluorescentes, siento que mi cuerpo desprende pintura por toda la casa, todo queda manchado de tonalidades que van iluminando el

suelo y el techo. Y ahí, justo cuando siento aquella subidona de emociones, brota y aflora un conjunto de sensaciones súper raras. Quisiera bailar haciendo aseo, pegarme un Karate Kid limpiando los vidrios o pintar de nuevo la casa, me dan ganas de hacer ejercicios al estilo Prancercise. También llorar, reír... todo al mismo tiempo. Me gustaría abrir los brazos como la Novicia Rebelde. ¡Sacar las metralletas, las cuchillas, ponerme a bailar cumbia, y que se acabe el mundo conchesumadre!

Las tostadas siguen protestando en la cocina, armaron barricadas, y están quemando todo. Me seco los mocos, pongo el tostador en el lavaplatos y me doy cuenta de que me tomé todo el café. Y de pronto, estoy con la mano en el pecho ¡así como atacá! Y tengo tantas ganas de agarrarte a besos, ojalá un rato largo. Luego, mirarte con amor y desconcierto, y pegarte senda cachetá ... Disculpame. Resulta que no te veo hace hace tanto tiempo.

¿Tendré fiebre? Me gustaría hacer una reunión de tragos y picadillos con algunos muertos. Juntaría a tantas, armaría manso conflicto de marcos teóricos. Imagínate a Simone de Beauvoir apuntando y haciendo mierda a Neruda, por otro lado, Violeta y Mercedes borrachas abrazadas y cantando. Janis armando escándalo arriba de la mesa, Jimmy y Freddie besándose, mientras Marilyn no deja de levantarse la falda, la mansa cagá. En una esquina fumando porro Marley y Freud cantando Kumbayá Señor. Copas, risotadas, y botellas volando. ¡Qué festival! ¡Casamiento griego!

Y me doy cuenta de que mi olfato no está funcionando, quizá es sólo porque es domingo o ya llevo demasiados domingos en el cuerpo. Y me siento tan ansioso, melancólico y a veces eufórico. Me pregunto si esto le pasará a alguien más ... Tengo una lista de cosas que quiero hacer.

LUMINGO.

Aceptar el confinamiento, es aceptar el desconcierto y descontrol de nuestra mente. Empatizar con

quienes viven con ansiedad, anhedonia y polaridades emocionales que nos presenta esta Pandemia, encerrades sin poder encontrarnos aún...

Joel Inzunza Leal, es bailarín, coreógrafo, docente y gestor cultural. Dirige Joel Inzunza & CIA, desde el año 2008, dedicando gran parte de su trabajo hacia la danza contemporánea y, de manera paralela, hacia la dramaturgia de obras desde el cuerpo, encontrando un espacio intuitivo para la escritura de textos.



Me cuesta

Por: Yinna Quiroga

Ya no hay más almas ni vestigios de buenas intenciones.

Me cuesta creer, me cuesta ser y entablar el sueño.

Maldito insomnio, malditas ganas...

Mis lágrimas tienen un sabor fétido, que no puedo aislar ni controlar ni entender.

Quisiera cambiar de época, cambiar mis instintos y aquietar mi mente. Dormir y no despertar para encontrarme tranquila, sin desesperaciones ni traumas incomprensibles.

Ya no soy refugio para esta alma que se pierde. Que se aflige.

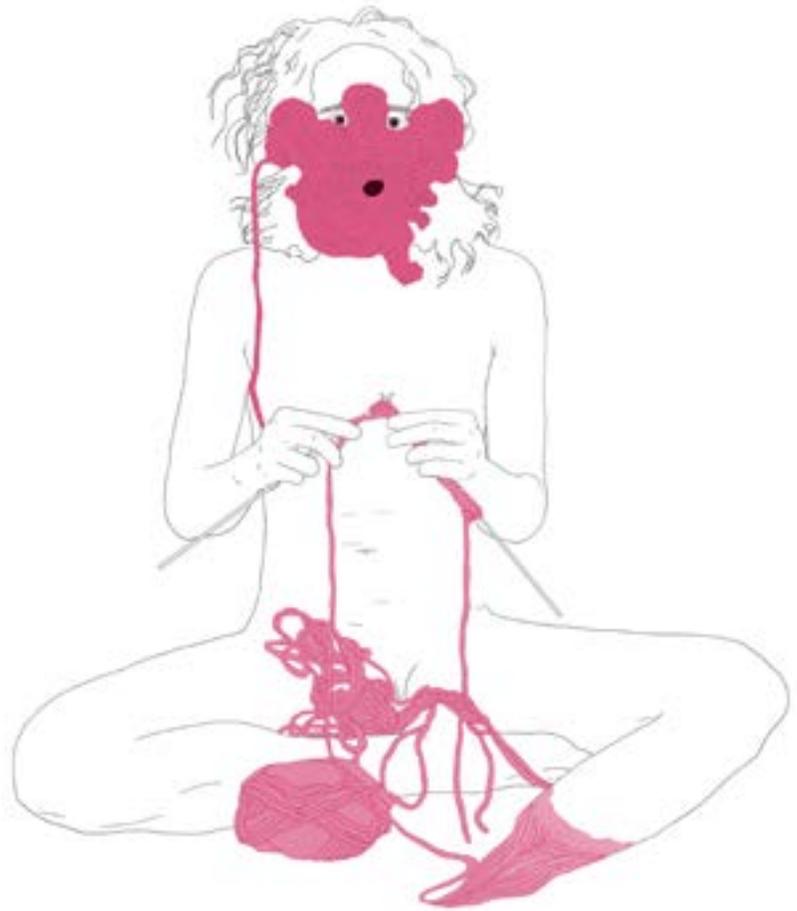
Qué noches tan interminables, qué frío y qué soledad.

Artista, Artesana Teatrística, Fermentista y Feministx por intuición. Soy un ser versátil sumergidx en el gran navío del arte. Mi cuerpo es performance y mi performance es mi placer.

Quietud

Por: Lucia Diegó

Nos golpeó de pronto
con su puño desnudo,
un amasijo de ideas que
ni el siglo XXI vio venir.
Nos ablandó la carne;
hicimos con ella un cuerpo nuevo.
La quietud coció los ingredientes
a un fuego lento
lentísimo,
y nos supimos frágiles,
nos supimos vivxs.



Estudié comunicación social y mis impulsos creativos se decantaron siempre por el arte y la realización audiovisual. Me considero una persona no-binaria transmutante y me mueve la investigación filosófica y artística con relación a los conceptos de cuerpos, géneros y sexualidades. Soy sujetx productor de prácticas feministas y cuando me sumo en mis meditaciones suelo dibujar, tejer o bordar.

Noche taciturna

Por: Nanx Amapola Rojita.

¿A dónde vas tan deprisa cuando todo queda oscuro?
 ¿De quién huyes, a quién le gritas cuando nadie te escucha?
 ¿Por qué te cobijas bajo el calor de estas palabras tan secas y rotas?
 ¿Qué es lo que buscas al cruzar ese territorio interno cuando todo queda en silencio?

Ese lugar que parece invisible a todo, a todxs, menos a la música, a las risas, a los pájaros, a los árboles, al aire, a aquel palpitar que te acompaña cada vez que tus células reafirman tu existencia vacía y grandiosa.

Y sí, que duela lo que tenga que doler, que transite lo que sea... Al final vida sólo hay quinientas, una, ninguna o es ¿una invención extraterrestre? sea efímera, fugaz, eterna o indescifrable, deja que lo que llamamos VIDA alimente la filosofía de nuestras propias existencias individuales que se colectivizan, de nuestra carne, de nuestros huesos, de nuestras células, de nuestra sangre, de nuestra nada, porque aunque nada nos pertenece, lo es, por lo menos en un algo que se llama conciencia e intentamos expandirla hasta volar y trans-mutar, trans-pasar, trans-gredir, trans-formar. Allá tú y tus creencias sordas o amplias, allá tú y ese exagerado nihilismo, nimierdismo, fanatismo o la acracia de tu espíritu, aunque yo te quiero así sin dioses, sin ídolos, ni ataduras, sin culpas, sin leyes. Te quiero soñando despierta.

Ahora, con esta noche partida en dos, con mi ansiedad, mis miedos, tus dudas y tus despedidas, propongo que te habites, pero que no me olvides cuando esté al borde del abismo, ya que cuando todo acabe, quizá ya no importen las palabras, ni la noche, ni las penas, o alegrías; ni el hedor, ni las mentiras, ni mi sentir profundo, ni los virus, ni tu lejana presencia taciturna.

*Febrero 11- 2020 Bogotá/Colombia
 Ciudad Bolívar*

Nací en Bogotá, he habitado toda mi existencia en Ciudad Bolívar (una de las bellas periferias que existen y resisten en esta ciudad) a quien le debo y agradezco lo que soy, mi formación ético política, mi amor por la educación popular feminista, por la música y por las mujeres. Actualmente conformo la colectiva Vaginas Ruidosas Punk, me gradué de Educación Comunitaria con Énfasis en Derechos humanos y estoy altamente comprometida con los procesos de liberación de la tierra de las y los indígena del Cauca. Me gusta que me llamen Amapola o Nanx.

La hermenéutica del polvo

Por: Mónica Eraso

Parece que andar leyendo señales en todo, que buscar sentido –¡y encontrarlo!– en los pequeños sinsentidos de la vida, es un síntoma de locura. Creer, por ejemplo, que la envoltura del chicle que encontramos en la calle está ahí, justo en el momento en el que bajamos la mirada, para decirnos algo y obsesionarnos con descifrar cuál es su mensaje, recorre los bordes de la sin razón. Pensar en la marca del chicle: “Tumix”, en el color de la envoltura, en el modo en el que los dobleces del papel deforman la palabra para crear una nueva: “Tú” y esmerarnos por interpretar qué hace un “tú” escondiendo el “mix” en un mugriento papelito amarillo y conseguir construir con todo ello un relato más o menos coherente que, aunque parezca muy racional, no lo es. Eso parece, pero también que sin buscar sentido en la nada la vida se nos haría un abismo, un agujero negro con una fuerza de tracción tal que levantarnos cada mañana de la cama sería una tarea imposible.

Parece que una de las cosas de esta especie es que andamos por el mundo fabricando interpretaciones, sobre todo. Y me parece que, en este tiempo de encierro, de miedo y de falta de certezas, esas habilidades humanas resurgen con toda la fuerza y agrietan el vacío –de tiempo, de lenguaje y de futuro– en el que estamos habitando. Como si la humanidad se hiciera visible en esos rasgos de locura que habíamos relegado a los privilegiados –los poetas– o a los despojados de parte de aquello con lo que nos hemos definido como especie: la razón. He visto fotos de varias personas en Facebook encontrando ojos y bocas en llaves de agua, rostros humanos en las motas de pelo, en las grietas de los muros, en el polvo, en las cáscaras, en los enchufes y los cables. De repente el espacio de confinamiento, para quienes nos confinamos en la casa, se vuelve un lugar de locura o de humanidad. Las cosas pequeñas empiezan a revelarse como cosas dignas de interpretación. La

hermenéutica del polvo, podríamos llamarla, esa telaraña semiótica que nos salva del agujero negro de la incertidumbre.



El miedo, el encierro, el tiempo que transcurre lentamente y que produce la sensación de que estamos ante un largo domingo con sus noches, altera nuestras capacidades sensoriales. Nos detenemos en eso en lo que normalmente no fijaríamos la mirada más de un segundo. Y todo aquello sobre lo que nos

detenemos, nos habla. La manija de la jarra rota me habla sobre la vulnerabilidad. Me dice que es una sobreviviente. Que aún existe luego de que yo, torpemente bailando en la cocina a la espera de un espesor en la sopa, la tirara al suelo y la rompiera, en un relevé desubicado. Me dice que no la tire a la basura, que tal vez, aún, pueda serme útil. Que piense un poco si la debo convertir en trofeo o en adorno. Que quizás pueda reacomodarse en un envase sin manija para convertirlo en una nueva jarra. Nada le respondo yo, porque es una manija de jarra, pero la guardo. La dejo ahí sobre la mesa esperando su reencarnación. Ya me dirá en qué debe convertirse. O no.

A mí también me han empezado a hablar las cosas. Como si de repente el mundo de afuera se redujera y habitara todo en los noventa metros cuadrados de mi apartamento. Como si la historia de la humanidad entera hubiera llevado a que hoy estemos acá mi gato, mi hijo, la planta y yo. Tres especies distintas que compartimos este suelo y este techo. Al parecer somos tres especies, pero ¿y los virus y las bacterias? ¿Acaso el Misi no tiene pulgas? ¿Y qué serán, entonces, esas manchitas

rojas que aparecen sobre el lavamanos en donde él toma agua? ¿Cuántos más estaremos acá? Con seguridad somos más que tres, pero no se cuantos más.

Las manchitas se han convertido en una de mis nuevas preocupaciones durante el encierro. Antes también veía manchitas rojas, pero menos. Puede que sean pulgas del gato que saltan cuando él se acerca al agua, que mueren y que no dejan cadáveres, solo manchitas rojas. Todo esto es improbable, pero no se me ocurre otra explicación. O son eso, o son hongos. Hasta ahí llegaron mis conocimientos de biología. Gracias, especialización del conocimiento. Para otros en mi ciudad la preocupación más grande no se manifiesta, pero sí se expresa, a través del rojo. Para otros la angustia no es jugar a detective de CSI que persigue, observa, fotografía y se pregunta por unas manchas rojas de pulga, o de hongo, o de quien sabe qué cosa. Su angustia es otra, y es mayor, pero es también una angustia roja.

Desde hace más o menos una semana han venido apareciendo banderas rojas en las casas de Bogotá, y también en las de Colombia, como símbolo de hambre. Un día de cuarentena es un día sin trabajo, un día sin alimento y, por tanto, un día de hambre. La bandera roja, resignificada a comienzos del siglo XXI, superpone una capa de sentido, de historia, de tiempo y de experiencia humana al uso que la bandera roja tuvo hasta el siglo XX. Leo en Wikipedia que durante la revolución francesa –¿la aristocracia?– sacó banderas rojas anunciando que la revuelta sería reprimida por el ejército nacional. Un primer momento, entonces, militar y contrarrevolucionario: la bandera roja impedía la democracia, temía a la gente que se levantaba diciendo que por ser humanos debían tener derechos.

Durante el siglo XIX la misma gente que se había levantado pero que ya no era la misma, sino

que era otra, dos o tres generaciones adelante, seguía reclamando igualdad. Querían igualdad y libertad. Se basaban en la idea de fraternidad, para conseguirlas, e inventaban otros modos de organización. Pedían, experimentaban y organizaban una nueva sociedad en la que ya nadie tuviera que pasar hambre. En la que ya nadie quedara excluido del mundo, ni del arte, ni de la ciencia, ni de la vivienda, pero tampoco del tiempo necesario para pensar o para inventar, incluso para especular sobre nada. La comuna de París, dice Wikipedia: "para mostrar la oposición a esta ley convirtió la bandera roja en el símbolo de la insurrección revolucionaria y del movimiento obrero". Luego llegó el siglo XX, las banderas rojas ondearon el mundo entero anunciando que otros mundos eran posibles. En Colombia, María Cano, en honor a la bandera y a la igualdad y a los obreros, que también eran campesinos y artesanos, se convirtió en la flor del trabajo y devino, también, flor roja. En las excolonias también podríamos existir como iguales, hombres y mujeres, burgueses y proletarios, terratenientes y campesinos, negociantes blancos y campesinos negros.

Las banderas rojas que se asoman hoy por las ventanas de muchos barrios bogotanos: ¿Qué cosas le dicen a esas otras banderas rojas? ¿Cómo se insertan en la historia de lo que hemos sido? ¿Se les dirá también "rojos" a quienes hoy bandean estas banderas y a quienes en la cuarentena las cuelgan por sus ventanas? ¿Se les perseguirá también a ellos y se les pedirá silencio? ¿Quién atiende al llamado urgente que hacen, hoy, estas banderas rojas desde las ventanas? ¿Y cómo sentirnos, ahora, que nos llamen rojos? ¿De qué color será nuestra sangre al salir del confinamiento?

Podrían decir, estas nuevas banderas a las anteriores, que reconocen y que agradecen su lucha. Que esta lucha sigue siendo necesaria, aún hoy, porque todavía hay gente que pasa hambre. Podrían mencionar que la cuarentena hizo más visible la desigualdad y que hizo visible cómo el

significante "gente" excluyó a las mujeres, a los negros, a los hispanic, y los trató como "no gente". Podrían, en cambio, decir que estas nuevas banderas no reconocen a las anteriores como su legado. Argumentarían que como tuvieron dos siglos y no consiguieron ni la igualdad ni la libertad, ellas se erigen hoy como banderas de ningún partido, de ninguna ideología. Podrían, entonces, reclamar que son banderas desnudas como los cuerpos que, sin estado, están hoy abandonados a su suerte. Alguien osado podría decir que el legado de esa humanidad no es el suyo, que Abya Yala no corresponde a ese legado y que reclamar esa suerte, sería la muerte. Podrían también decir que del tricolor de la bandera colombiana el único color constante fue la sangre y que por tanto reclaman, ahora, la bandera roja como bandera nacional: la muerte es lo que nos constituye. Podrían, también, imaginarse como banderas estéticas y decir que el rojo es el complementario del verde, con el que las simulaciones cibernéticas han representado al coronavirus, responsable del encierro y de la prohibición para trabajar y, en consecuencia, del hambre. Podrían –además o en cambio– decir que la única comida que nos queda es la comida procesada, la comida que viene en paquetes rojos que hablan de su valor nutricional, de su país de fabricación, pues es comida fabricada, y que el rojo se ha vuelto el color de la comida en el capitalismo tardío, o moribundo, o mutante, y que las banderas rojas son banderas que claman por comida y únicamente por eso. Podrían decir, incluso, que en los momentos de crisis los legados de igualdad y de libertad se vuelven más necesarios y que ahora es tarea de todos, finalmente, trabajar por conseguirlas e inventar cómo conciliarlas: igualdad y libertad. ¡Tremenda tarea nos impondrían, entonces, estas nuevas banderas rojas!

Pasará este tiempo y de nuevo las horas retomarán sus afanes y el despertador nos gritará, groseramente, que el sol salió hace un momento y que ya no es hora de hacer una línea paralela con la cama. Ese grito nos apurará a abandonar también la casa y ya no tendremos miedo de estrujar

nuestro cuerpo en el transmilenio rojo, junto a cientos de miles de otros cuerpos que se apretujan para conseguir comida a cambio de tiempo; vivienda a cambio de ocho horas diarias de vida. Qué suerte tener trabajo, aún, ¡qué suerte!

Cuando eso pase ya no tendremos tiempo de conjeturar qué es lo que el cúmulo de polvo sobre la mesa tiene para decirnos. Lo único que intentaremos interpretar, con suerte, serán los mails enviados por un jefe ansioso que, afanado, escribe mensajes, más o menos jeroglíficos, en los que adivinamos que mañana hay reunión extraordinaria o que las notas de la clase deben estar subidas al sistema a más tardar el martes en la noche. Cuando la vida vuelva a su calma y nos apure, de nuevo, a movernos y a producir informes de gestión en tiempo real tal vez consigamos, un domingo en la noche, reunirnos con otros a discutir qué tipo de rojo era ese de las banderas que ondeaban y de qué modo ese rojo atraviesa nuestros cuerpos palpitantes, deseantes, perezosos y hambrientos. Con suerte hablaremos de cómo se inscriben esas banderas dentro del legado de banderas rojas que las antecedieron y de las que deseamos que ondeén cuando ya no estemos vivos, o cuando vivamos como cuerpos ancianos. Yo me sentaré, también, a preguntarle al oráculo de Google por qué aparecen tantas manchas rojas por las baldosas blancas sobre las que camina el gato. En ese

***NUNCA PON
LAS VEN***

GAS REJAS A VTANAS



Lucy Pérez Tejeda (Ouch) artista visual radica en Tijuana, Baja California, México. Actualmente estudia Diseño Gráfico. Su obra se ha desarrollado principalmente en las artes plásticas, gráficas e ilustración. Gusta por viajar conocer diversas formas de producción, y tejer redes con mujeres creadoras y artesanas. A través de su obra busca expresar una suerte de batalla interna en la búsqueda de comprender, enfrentarse y reconciliarse consigo misma. Cree en la relación inherente entre el cuerpo, alma y mente; ésta es la motivación para evocar rasgos de la luz, la sombra desde una visión autobiográfica.



Poemas en tiempo de coronavirus

Por: María Monjas

Perro boca abajo (Sí, es el del yoga)

Ahora entiendo esa expresión
de se me cae la casa encima

no sé a vosotras
pero yo,
hace días ya,
que tengo la sensación
de estar sujetando
estas 4 paredes

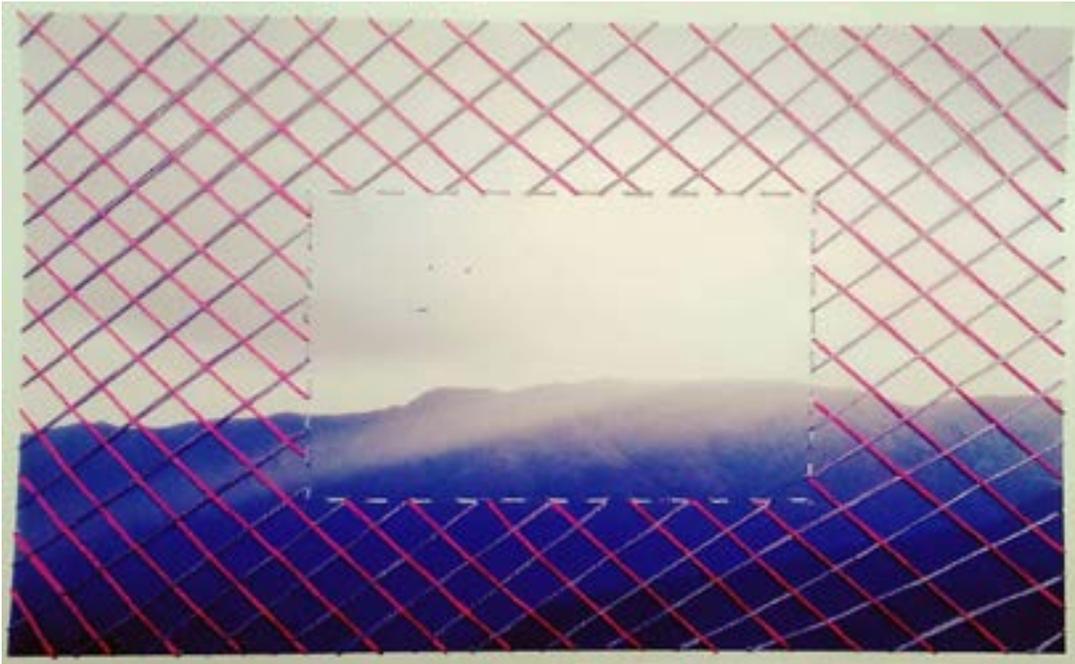
como en una postura de yoga
imposible.

Un Solitario

Tengo ganas
de que juguemos a algo
a lo que sea
al bingo
al ahorcado
a las adivinanzas

estoy harta de
hacerme trampas
al solitario.

María monjas carro (Valladolid, 1974), es poeta, feminista y coeducadora. Obra poética: Háblame de la lluvia (Huerga & Fierro editores, Madrid, 2012), Nadie hablará de nosotras (Huerga & Fierro editores, Madrid, 2018), Berta y Rita - cuento-poema-guía pedagógica- (Save the Children- Bolivia). Antologías: En legítima defensa. Poetas en tiempo de crisis (Bartleby Editores, 2014), Bajo la estrella, el viento. Mujeres poetas de las dos orillas (Huerga y Fierro editores, 2016), Insumisas, poesía crítica contemporánea de mujeres (Baile del sol, 2019).



Mamá, nunca pongas rejas a las ventanas

Por: SoltAr - Bordados Políticos

El día está hermoso. Me acabo de fumar un porro, desafiando el funcionamiento de mis pulmones, que bastante trajín vienen cargando desde el encierro. Lo necesitaba. Necesitaba volver a fumar. Exhalar angustia. Un par de secas y me siento mejor, a ello se suma la promesa de que vienen sensaciones aún superadoras. Un poco de paz, ya lo estoy sintiendo. Siento cómo mi cerebro comienza a oxigenarse, mis sentidos se afinan –como si se pusieran en puntitas de pie–, los párpados extasiados comienzan a ceder sobre sí mismos. Mientras voy sintiendo esos cambios, almuerzo el arroz del mediodía, ya frío, lo acompañan un puñado de arvejas y atún. Me cuesta masticar aunque lo disfruto mucho, percibo la ausencia de energía, ningún músculo quiere esforzarse demasiado. Afuera bailan algunas gotas de lluvia, cortando el circuito regular del oxígeno. Se detienen. Vuelven. Y se van de nuevo.

Con Juana debatimos sobre un texto que armó para una publicación de nuestra página de bordados políticos. Es una fotografía de una ventana con rejas improvisadas en hilos, que dan vista hacia la montaña. Juana la titula *"Mamá, nunca pongas rejas en las ventanas"*.

El texto deambula entre las razones por las cuales esa niña no quiere rejas en sus ventanas. *"No me dejan ver"*, contesta cuando su mamá le pregunta. Pero, ¿qué es lo que no la dejan ver? *"El afuera, el paisaje, a lxs otrxs"*, responde en el texto que mi amiga escribió.

Juana se detiene en su pesimismo antropológico, en –según yo– todo lo malo que la niña no puede ver. Antes de fumar, le contesté recriminándole que en tiempos difíciles preferiría que el mensaje sea positivo. Le sugiero la idea ridícula, pero sincera, de no poder *"abrazar el cielo"*. Condescendiente y respetuosa como siempre, mi hermana galáctica acepta mis aportes, pero me comparte: *"Para mí es positivo que la cuarentena y el encierro no nos tape la realidad. Que alguien no quiera que le quiten la libertad de ver esa realidad y querer transformarla"*.

Se disculpa y señala *"mi optimismo pesimista"*. Su optimismo pesimista es tan maravilloso. Siempre te sorprende ahí, cuando vos estás ahogada de frustración, exhalando angustia que se hace humo, tratando de silenciar como una muerte acalla la desigualdad. No los gobiernos. La desigualdad se arrebató la vida a sí misma, cansada de ser desigual. De luchar por un ideal que nunca llega, que crece en forma de espiral, que se transforma en laberinto.

El cuerpo se me crispa al reflexionar. Las manos se mueven lento, los dedos sienten la sangre activa, pero lenta, apenada. Como si fuera un río de sangre, cansado de andar.

La desigualdad hoy se quitó la vida. Se ganó la vida y se la quitó. No tenía nada y lo tenía todo. No fue suficiente. Pero aparece Juana, con su pesimismo optimista y me hace sentir que todo esto algo bueno ha de enseñar. Sino, ¿qué es toda esta mierda sin sentido? ¿sólo mierda?

“Leí una nota de revista anfibia sobre la gente que vive en la calle y me partió al medio. Su realidad es una mierda antes, durante y después del coronavirus”

Se suicidó Maxi. El chico que nos barría las hojas. Tampoco fue el coronavirus.

Somos Victoria y Macarena, trabajadoras y soñadoras de “SoltAr Bordados Políticos”. Más que amigas, somos hermanas, compañeras y compartimos la pasión por la política, lo político y la ciencia política.

SoltAr nace como una filosofía de vida: aferrarnos solamente a aquello que nos hace felices. Bordar, es una de esas “cosas”. Las agujas, los hilos y los soportes que intervenimos, son nuestras herramientas de trabajo y de resistencia.

Sentimos y pensamos al acto de bordar como un acto político, donde lo personal y lo colectivo se encuentran y nos permiten otras formas de manifestación, lucha y reivindicación de diversas causas como el exigir justicia por Marielle Franco, reclamar por el Aborto Legal, Seguro y gratuito, visibilizar que el cuidar es político y la maternidad, también. Bordamos desde el deseo de transformarlo todo, y de construir en cada puntada un mundo donde no esté prohibido el placer, el amor y la diversidad.

Fotografía intervenida: Milagros Arias

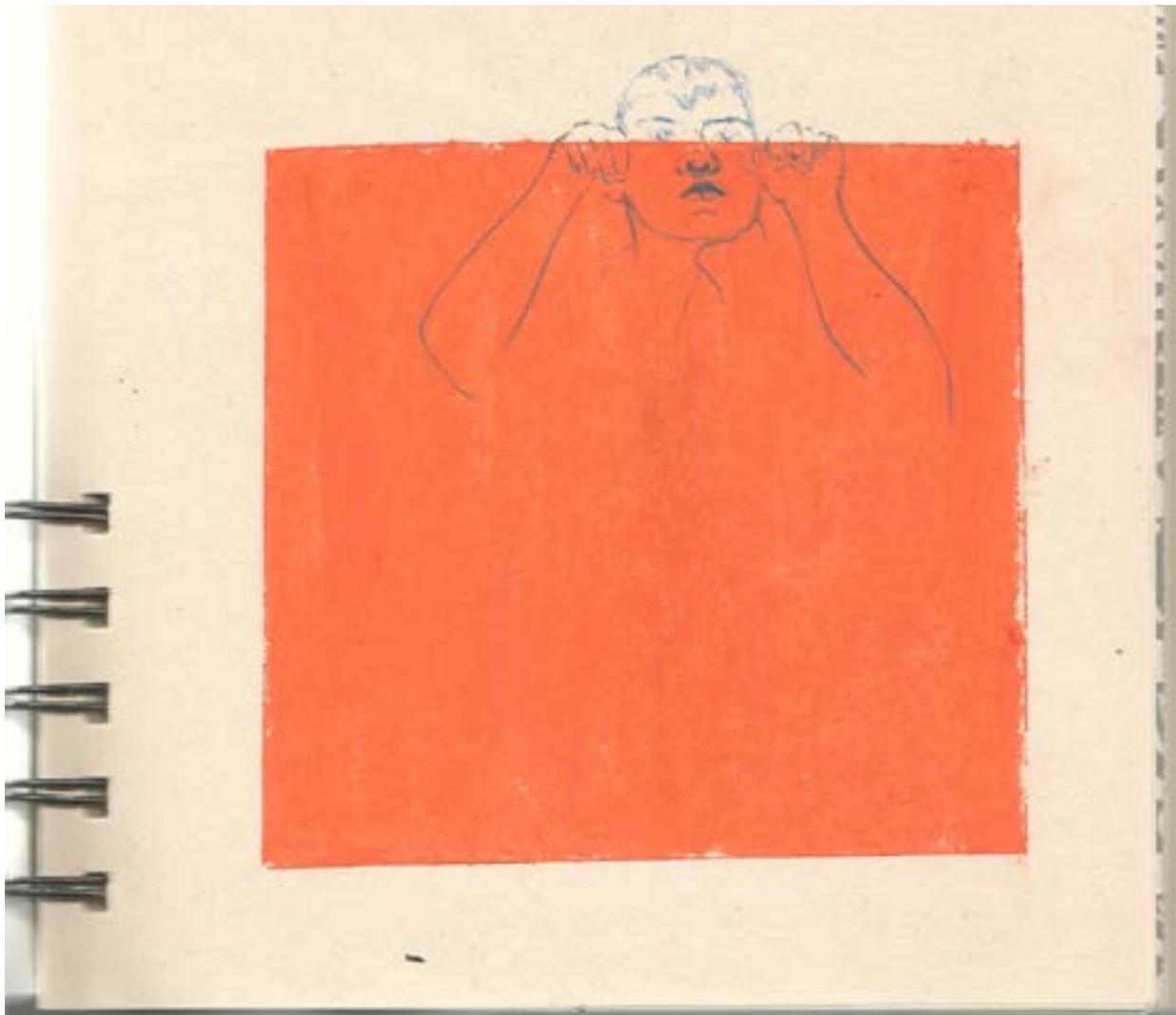
Contacto: Facebook /soltAr.bordadospoliticos - Instagram @soltar.bordadospoliticos

Correo: macamermott@live.com.ar estradaepdelsur@gmail.com

Autorretratos de cuarentena

Por: Andrea Barragán

Ir hacia dentro ahogarse en lo profundo, llenarse obnubilarse de una misma, estar entre retratos iguales todos los días, hasta perder la ruta de regreso hacia afuera. Dormir, dormirse en sí misma, y cedarse de sí, un rato. Arrugarse y volverse a planchar todos los días. Usarse de ropa de trajín, lavarse y volverse a usar. Esperando que de tanto trajín una no se agujerée, no se rompa. Lavarse sin echarse clorox, lavarse a mano como ropa delicada. Y ser recursiva para recrear en el ajuar la novedad de un nuevo día.









5 de Mayo 2020, Bogotá

El derecho a la terraza

*Por: Laura Rodríguez
Asociación Benkos*

Llevo más de veinte días habitando un espacio cerrado. Un espacio que me atrevo a llamar MI casa. Aunque tengo ganas de salir a callejear, cantinear, caminar, encontrarme con otros, quiero contarles que he estado a gusto en este pequeño pedazo de tierra. Esta casa, que mucho tiempo vi como una casa más, es resultado del trabajo de mi abuelo materno. El abuelo José fue mensajero de banco. Recuerdo que él tenía un montón de muñequitos con forma de pepa de café.

Mi mamá me contó que, aunque varias veces le ofrecieron asumir otro puesto, él nunca aceptó porque disfrutaba su vida de mensajero. Hacía sus diligencias rápidamente y después tenía tiempo libre. Nunca quiso un horario fijo. Con su sueldo de mensajero compró varias casas que luego heredamos diferentes miembros de la familia. A mi hermana y a mí nos correspondió una casa vieja en el sur de la ciudad. Una casa oscura, con disposiciones espaciales extrañas, pisos de madera y con un montón de historias familiares que parecen hacer parte de la humedad que la carcome.

En medio de esas viejas paredes me resguardo y empiezo a darme cuenta de que esos ladrillos resultan abrigadores. Lo más bonito de la casa es que tiene terraza, ese anticuado invento que nos deja ver el cielo. Una plancha –cómo decían los abuelos– con barandas hacia la calle. Un pedazo gris en el que crecen matas que nadie sembró, rodeado de bloques a la vista. Ahora digo con certeza: tenemos derecho a la terraza, a tomar el sol y a sentir la lluvia.

Resguardada en esa casa vieja, que tiene terraza, cuido a mi hija, comparto con mi hermana y espero

a mi amorcito. Pienso en mis estudiantes y en la necesidad que tengo de ellos. Espero que estén bien. Son más fuertes que yo. En el país de los trapos rojos, tengo la confianza puesta en las pequeñas y concretas acciones de la gente que resiste. El contacto no solo surge cuando nuestras epidermis se acercan. Creo que entramos en contacto cuando estamos en el sentir y pensar de otro, así como mi abuelo pensó en nosotras hace años. Incluso, sentimos a los que no conocemos directamente, los intuimos y somos capaces de sufrir un momento por ellos. En esa casa vieja, heredada de mi abuelo, me siento parte de la miseria y de la resistencia a la vez.

Laura Rodríguez, profesora, escritora, mamá e integrante de la Asociación Benkos y del proceso Encuentros. Licenciada en Educación Artística que confía en el encuentro, la conversación y la creación colectiva como posibilidades de reconocimiento y transformación de sí, y de esta realidad complicada que nos tocó vivir.



Intimidad

Por: Sol Astrid Giraldo E.

El asunto una vez más es de puertas. ¿Quién las construye? ¿Quién se queda adentro? ¿Quién se queda fuera? ¿Qué es quedarse de este lado o del otro? Las mujercitas de Vermeer nos dan una clave. Con sus pieles al óleo se asoman desde sus marcos para inaugurar el tema de la intimidad en la historia de las imágenes occidentales. Un concepto enunciado allí en clave femenina. Sus atributos iconográficos eran invariables: jarras, manteles, perlas, manos blandas sobre las mesas o los pianos. En esta galería, silenciosas bajan la mirada al lado de ventanas que estallan de luz, a metros de puertas clausuradas y sumergidas siempre en su dorada oscuridad doméstica. El problema con las mujeres siempre ha sido espacial. Por eso la cuarentena despierta viejas heridas. Se sacrificaron

vidas, se hicieron guerras para acceder a lo público, a la calle, a la ciudad. Ahora, con la pandemia, sin embargo, hemos vuelto adentro.

Desde mi confinamiento, hoy, Viernes Santo de la Era del Corona, sobre un sofá mullido estoy viendo por la tele la historia de una monja que pasó a la posteridad, precisamente, por quedarse adentro. Después de tantas batallas colectivas y escaramuzas personales, no obstante, debo reconocer mi atracción por Francisca Josefa del Castillo, esa mujer que en la Colonia Neogranadina se enterró en vida. Paladeo mi gusto culposo, mientras percibo el silencio descomunal que afuera se apodera de la ciudad.

La serie "Luz de mi oscuridad", dirigida por Teresa Saldarriaga, es una historia intimista, un bodegón de mujeres. La reconstrucción minuciosa de la vida cotidiana es deliciosa. Chismorrear, se enamoran, amasan arepas, bordan. Obedecen a la ley paterna. Josefa (representada por la actriz Chichila Navia) es la más obediente. Y quizás, por eso también, "la peor de todas" como diría su alter ego novohispano, Sor Juana Inés de la Cruz. Es que las místicas llevaron a sus extremos el acatamiento de la ley, y esto terminó por desestabilizarla y ponerla en la cuerda floja.

Si el cuerpo es el enemigo, Josefa lo lacerará como ninguna; si el Cielo es lo deseable, únicamente querrá vivir en él y desde ya; si la salvación es un matrimonio, buscará casarse con Dios; si el centro del universo es el cuerpo de Cristo, dedicará su vida a chupar golosamente la sangre y pus de sus llagas. Esta jovencita, deshaciéndose de su propia carne, la adorará; combatiendo su historia personal, saldrá del anonimato. Es tan excéntrico su sometimiento, tan apasionado, tan erótico, tan radical, que paradójicamente la hará libre... Y por supuesto le acarreará problemas con su familia,

sus compañeras del convento, sus supervisores sacerdotes, porque estas iluminadas, rebeldes en su sumisión, fueron siempre una papa caliente para las masculinas jerarquías eclesiásticas.

A pesar de ello, la santa se aferra a su lucha, más moderna que colonial, y termina encontrado un lugar, no sólo en el cielo, sino sobre la tierra. Ya no importará estar afuera o adentro de la cortinilla del coro de la Iglesia. Se crea a sí misma y se construye un espacio autónomo con las palabras, con la arquitectura de un lenguaje inédito en el Virreinato. Inaugura y habita una habitación propia en una torre inclinada, como siglos después lo hará Virginia Wolf, esa otra desobediente.

Tenemos aquí otro bodegón de mujer, otra representación de la intimidad, hecha esta vez con cruces, estigmas, espinas, cilicios, plumas, hojas y tinta, de la que también quedó un testimonio al óleo en el arte neogranadino. Un eslabón más en la cadena de las imágenes femeninas que los productores de la serie se propusieron desempolvar durante la Semana Mayor, sin saber que para entonces el año ya habría colapsado. Sin embargo, el apocalipsis posmoderno le vino muy bien a la historia. En el calendario eclesiástico, estos días representan un agujero: el orbe católico muere literalmente en esta pausa. Solo la crucifixión garantiza que la rueda del tiempo se destrabe y que los fieles resuciten entre los muertos.

Ya no somos católicos, ni sus ritos ni sus sacrificios son los nuestros. Sin embargo, este Viernes Santo fue distinto. En él, indudablemente la historia de Josefa resonó de otras maneras. Más allá de la pandemia de salud mundial, de la recesión económica global o de las fiestas sacras, el mundo afuera había parado de una forma que no recuerda la historia reciente. Mientras en la tele, Josefa se reencarnaba en el cuerpo de una actriz contemporánea, estábamos en nuestras casas encerradas y

el pánico y el aislamiento era el mismo. Como ella, nos tocaba, quisiéramos o no, apartarnos de todo lo que habíamos hecho, querido, construido afuera. Y ahora sólo nos quedaba observar nuestras vidas públicas pasadas desde un prudente, higiénico y melancólico distanciamiento. Como ella, estábamos abocadas a explorar de otra manera nuestro tiempo y nuestro espacio.

Sin embargo, ahora nos atraviesan otras posibilidades. Además de la fuerza centrípeta que nos lleva a hurgar adentro, está también la centrífuga y virtual que nos conecta con el planeta afuera. Nuestros conventos hoy son porosos. Y estas dos fuerzas insuflan por igual las palabras del presente. Frente a nuestros computadores, tazas de café y libretas, estamos creando otra iconografía de la intimidad, otra habitación propia, otra torre inclinada. Aquí sentadas, con las ventanas digitales abiertas, nuestros cuerpos y mentes entrenados, nuestras percepciones dispuestas a recibir las múltiples vibraciones exteriores de ese horizonte que está replanteándose radicalmente afuera y adentro. Testigas de nuestros tiempos como nunca, en esta nueva red de intimidades conectadas, poderosas y sin puertas.

Aunque el pasaporte laboral da cuenta de una formación como filóloga e historiadora del arte, y de oficios como el periodismo, la edición y la curaduría, entre los múltiples a los que arroja el implacable rebusque cualificado, mi centro ha sido sobre todo la escritura. Escribir como se pueda, con lo que sea (a veces con palabras, a veces con imágenes), donde dejen y en los formatos que estén a la mano: papel periódico o fotográfico, libros, catálogos, paredes de museo, videos, libretas. Escribir, la mayoría de las veces, en la cabeza.

En las vísperas de mi cumpleaños en cuarentena

Por: Meztli Yoalli Rodríguez Aguilera

7 de abril, 2020. Austin, Texas. Último día de mis 33 años. Mañana cumpla años. En encierro desde hace 26 días en un país que no es mi casa, pero ha sido mi casa –y a ratos sí se siente como casa- por los últimos 6 años. He crecido raíces aquí a pesar de todo, a pesar que nunca dejo de extrañar mi terruño –ese pedazo de territorio al que llamaron México-. Hoy estoy frente a mi casa amarilla con escalones verdes, en los suburbios de la ciudad, para leer, sentir el aire, sentir la humedad del calor de primavera en mi piel, ver los árboles reverdecer, escuchar y ver a los pájaros rojos que vuelan de una rama a otra, ver oscurecer y comenzar a observar pequeñas luciérnagas que aparecen como corazones palpitantes. Hoy agradezco estar viva, tener un techo donde vivir, tener el lujo de poder quedarme en casa, tener qué comer sin preocuparme cada día, tener familia con salud y tener amigxs que me cuidan y cuido. Esas pequeñas cosas que perdemos de vista en un día cualquiera porque estamos apresuradas por la siguiente actividad, la siguiente junta, el siguiente evento, del día, de la hora, del minuto. Esas pequeñas cosas que el encierro nos pone en perspectiva: que quizá no son tan pequeñas sino todo lo contrario. Son esas cosas las que al final del día que nos permiten seguir vivas. Necesitamos otras formas de habitar este mundo, o quizá, necesitamos nacer otro mundo.

Mañana cumpla años y pienso que mi fuente de vida primordial, mi madre, hace año y medio que se transformó en polvo de estrellas y en otra energía que siempre me habita. Mañana cumpla años y pienso que en estos días está muy presente la muerte y el duelo en el mundo, así como en mi propia vida. Un duelo que se pega a nuestros huesos y sale por nuestra mirada. Es un virus que no vemos, pero lo sentimos: nos obliga a cambiar. Celebrar un aniversario de vida en medio de tanta muerte y duelo colectivo es una ironía, y, sin embargo, me aferro a la vida porque quiero seguir

viva por un rato más. Celebrar un aniversario de vida en el país que se dibuja arriba del río bravo, en Estados Unidos, donde gente racializada, la de siempre, sigue muriendo por falta de acceso a la salud y porque tiene que salir a trabajar cada día, tiene que salir a cultivar alimentos, a limpiar casas, edificios, negocios, calles, tiene que salir a vender, a cocinar, a cuidar a otrxs. Es el país con más muertos por este virus en el mundo hasta ahora. Sí, en este tiempo confirmamos quiénes son las personas indispensables en este mundo, quiénes son las que verdaderamente sostienen al mundo, quiénes son las que sostienen la vida.

Hoy por la noche será luna llena, luna rosa, la más grande del año. Le llaman luna rosa porque, se dice, hay unas flores rosas llamadas phlox que florecen con esta luna llena. En esta luna llena hay que agradecer dicen. Yo pienso que esta luna rosa que ocurrirá durante la noche a la madrugada de mi cumpleaños 34, quisiera imitar a las flores phlox y florecer a pesar de, o tal vez junto con, los dolores y los duelos propios y ajenos. Las flores, los árboles y las plantas nos enseñan -justo en estos tiempos de encierro- que a pesar de la quietud, del no-movimiento una puede crecer y florecer. También quisiera que con esta luna rosa florezca nuestra imaginación sobre otro mundo, sobre otro tiempo que nos permita la contemplación, el respiro, el descanso y no nos abrume por su sed de productividad y explotación. Quiero que florezcan otras formas de relacionarnos en el mundo a partir del cuidado mutuo, quiero que florezca más vida en tiempos de muerte. La necesitamos.

Meztli Yoalli nació y creció en la ciudad de Puebla, México. Desde hace 6 años vive en Austin, Texas donde está haciendo su doctorado en Estudios Latinoamericanos y Antropología. Durante el día estudia y por las noches, es selectora de viniles con el colectivo de DJ's mujeres y personas no binaries latinxs Chulita Vinyl Club.

En esta casa cabe el mar

Poemas escritos en clave de Décima* para leer en voz alta, con buena dicción y cadencia constante.

Por: **Marcia Cabrera Antía**

Instrucciones de lectura

1. Para empezar, propongo un juego de desapego. Un juego de escucha, de presencia e imaginación.
2. Cada lector entiende que al leer en voz alta está entrando en el terreno de la interpretación. Es una operación que implica la vista y el oído. Así que suéltese y déjese llevar por el evento musical.
3. Al inicio de cada poema encontrará una instrucción precisa que propone una pauta general de lectura, desde la cadencia y el ritmo. Dentro de una misma Décima, podrá alternar la cadencia y el tono de voz. Esta posibilidad se la dejo a usted.
4. También encontrará una serie de verbos adjetivados que le ayudarán a encontrar las diferentes intensidades y emociones que se ocultan detrás de las palabras.
5. De tanto en tanto, acuda a los ecos y a las repeticiones. Tómese el tiempo de desentrañar el sonido, no tanto el sentido.
6. Antes de empezar, tómese un segundo para pensar en las siguientes acciones: **atravesar, tocar, resbalar, deslizar, horadar, cabalgar, detener, expandir.**
7. Busque una silla y siéntese en el borde, con la espalda recta, las piernas abiertas y los pies bien apoyados en el piso.
8. Con una mano sostenga el dispositivo de lectura y con la otra haga, mientras lee, movimientos precisos y enérgicos. Esto le ayudará a encontrar la cadencia de la lectura en su cuerpo.
9. Si quiere volver la experiencia más insurgente, búsquese una pista de rap en youtube y póngase a cantar.
10. Recuerde que siempre estará presente la opción de leer como le venga en gana.

I

Comience la primera Décima con ritmo lento, pero no tanto. Atraviese la segunda Décima con ardoroso ondear y sin pausar, resbale hasta la siguiente Décima con lúgubre agitación.

Buenas a todas y todos,
bienvenidos a mi encierro.
Perdónenme si me aferro a este
rústico modo
de versar a mi acomodo.
No más provocar suspiros con
estos versos aspiro,
y de paso hago el intento
de dar pigmento al tormento
que ha causado este retiro.

No les niego que al inicio,
me dolía aquí en elcentro:
se me metió el miedo adentro,
y me iba sacando de quicio
tanto jodido suplicio.
Este encierro, muy a prisa,
quería llevarse mi brisa;
me puso desorientada
-diría más bien, agüevada-,
me iba borrando la risa.

Pa' salir destes esquemas
y para darme un aliento,
yo en este confinamiento,
reinventando mis dilemas,

me puse a escribir poemas.
 Con torpeza y sin destreza,
 con evidente pereza
 de alcanzar alguna meta,
 me conseguí una libreta
 para narrar la extrañeza.

II

Imagínese que usted es un caballo. En un primer momento el caballo se encuentra quieto, contemplando el paisaje. Comience la primera Décima con ritmo lento y pausado. En la segunda Décima el caballo empezará a moverse con paso fino deslizándose hasta el cuarto verso de la tercera Décima. A partir de ahí, usted, el caballo, arrancará un trote que irá acelerando y transformando en un pulsante galopar.

Para poderse mover
 dentro de los laberintos,
 hay que escuchar el instinto;
 la incertidumbre morder.
 Al no saber, no temer,
 ni a que las cosas no cuajen;
 Puede que todo se raje.
 Puede que se abra el camino
 y escuchemos con más tino
 lo que depara este viaje.

Las voces de mis amigas
 gozan de fuerza serena.
 Ellas calman mis dilemas
 y suavizan mis fatigas.

Ana, Mónica y Karina

con amor siempre interceden.

¡Ellas nunca retroceden!

Con una fuerza timpánica,
escucha y ternura orgánica,
su tiempo siempre conceden.

En esta hora crucial,
en este desbarajuste,
hay que pensar en los juntas

-no solo en el singular-

que pa' enfrentar este mal
hay que afinar bien el paso
y pa' no darse un coñazo
aferrarse a los amigos
e insistir en el abrigo
que nos daban sus abrazos.

Algo hay que se está moviendo
como una placa tectónica,
como energía ciclónica,
coraje está produciendo;
esta fuerza va creciendo
por voces que se conectan
y con potencia se afectan.
Creando universos mágicos
en este universo trágico,

siempre por la vida apuestan.



Cadencia ad libitum: la cadencia puede ser modificada por el lector-intérprete, siguiendo el ritmo de su respiración. No olvide las expansiones y contracciones del aire (inhalar y exhalar).

En mi casa cabe el mar
y cabe el agua profunda,
cabe la mente fecunda,
cabe ser loco de atar.
Y aún les quiero recalcar
que aquí caben muchos otros.
Esta casa es un nosotros
con los que prendo la hoguera.
Con ellos paso la espera
en medio deste alboroto.

Desde que llegué a esta casa,
muchas cosas han cambiado,
tantas otras se han parado
en este tiempo que abrasa.
Los sueños me sobrepasan
y he dejado de contar
las horas en el compás.
El tiempo cuadriculado,
es ahora un tiempo alado
¿Queremos volver atrás?

Horade los versos siguientes con un murmullo y ritmo ascendente.

¡Qué misteriosa protesta
me propone el inconsciente
al pedirme que me siente
a sosegar las respuestas,
a relajar las ingestas,
a respirar la impotencia,
a oxigenar la consciencia,
a contener mis acciones,
y preparar mis pulmones
para esta nueva emergencia!

Haga una pausa, parpadee, respire, mire el espacio a su alrededor y continúe.

¡No hay que ponerse agonístico!
Con calma y con resonancia
hay que ponerle sustancia
al encierro virulístico.
Usar el talento artístico
pa' ponerle cuerpo y mente
a este tan raro presente.
Y haciendo grande conjuro,
los miedos espantar duro
en este encierro inminente.

IV

Guachafita métrica: déjese llevar por el desorden y por el cambio en la rima. No compita con el estruendo.

Por ser lo temprano tarde
y ser tarde lo temprano,
por ser el día la noche
y ser tarde la mañana,
por maquillarme al ocaso
y en el día ir en pijama;
por pensar que lo curvoso
nunca pueda verse plano,
y pensar que lo ligero
ahora se ha vuelto pesado...

Deténgase un momento antes de seguir.

Si lo qu'era antes contento ahora se ha vuelto agonía,
porque ahora nada vale todo lo que antes valía;
si el cansancio de los días el sueño no lo recobra,
porque lo que sobra falta y lo que falta zozobra...
¡A lo mejor es que el tiempo ahora va en contravía!

V

Con euforia y entonación ascendente (no importa si llega al grito).

El habitar otros mundos
para volverlos asibles,
requiere cuerpo sensible
y pensamiento profundo;
abrir espacio fecundo
para sentir los afectos
y dejar que sus efectos,
en el seno de la espera,
sin importar las maneras,
se vuelvan más insurrectos.

¡Que hay otros mundos posibles!

¿Que cómo se llega a eso?

Pues no hay que molerse el seso:

no es en mundo previsible

que se ata el cabo invisible.

¡Para trazar un afuera

no hay que pisar una acera.

Puede el afuera estar dentro,

causando gran movimiento en el
tiempo de la espera!

* La Décima es un tipo de composición poética que tiene diez versos. Se le llama Décima Espinela en honor del poeta del siglo XVI Vicente Espinel, que fue quien la creó. La Décima tiene una estructura que exige, métricamente, tener diez versos octosílabos que deben rimar el primero con el cuarto y el quinto, el segundo con el tercero, el sexto con el séptimo y el último y el octavo con el noveno. En la representación visual del sistema de rimas sería así: a/b/b/a/a/c/c/d/d/c.

Marcia Cabrera es artista interdisciplinar, egresada de la maestría en Teatro y Artes Vivas de la Universidad Nacional, su trabajo se desenvuelve en las líneas fronterizas entre la traducción, el teatro y la música. Interesada especialmente en la investigación en el canto y la voz expandida, ha transitado como intérprete en diversos trabajos escénicos en Colombia, México, Brasil e Italia. Vivió en Brasil durante 4 años (2006-2009) y ha realizado residencias artísticas en Italia (2016) y París (2017).

¡BAILAR!

LO TODO!

El baile de las 7

Por: María Monjas.

Todas las tardes
sobre las siete
pongo música a tope
(perdón vecinas)
y me pongo a bailar de una forma desenfadada

bailo la rabia
de un sistema que ataca la vida
la impotencia por la gente
que muere sola
por la que no puede
acompañarla

bailo el miedo
el agobio, la pena
vomito la pantalla del ordenador
y sus cien mil skypes, zooms, jitsi y teams

bailo la ausencia de mi madre
el desamor que me ahoga
el puto encierro sin sol

luego a las 8
salgo a la ventana
y me pongo a aplaudir
como si tal cosa

como si aún
fuera posible la esperanza
como si pensara
que los delfines
van a quedarse en la costa.



Lucy Tejada



Alejandra, corre y baila por tu casa Alejandra

Por: Mujer Pájaro

*La mujer que escribe
La mujer que sueña,
La que se harta
La que se encierra
Esa mujer es esta, la que se delata entre palabras*

MUJER PÁJARO

En medio del silencio. Yendo de la cama al baño (lo siento Charly, aquí en Colombia no tenemos living), pienso, maquino, reanudo, invento, cuestiono, me frustró, sonrío, viajo, imagino, tejo, lucho, me acurruco en el alma llena de letargo.

Estar confinada (así en femenino porque estoy harta de no sentirme identificada con las palabras), ha significado pararme frente a mi cuerpo con mi cuerpo mismo y asumir cada torrente de ideas,

borbotones de preguntas y oleadas de soluciones que arremeten en contra de mi tranquilidad mental a las dos de la mañana. ¿Qué tipo de mundo habitas? ¿Qué haces por el mundo? ¿Cómo te movilizas con tus emociones ahora que debes escucharlas? A veces quisiera ponerle pausa a mi cerebro.

Me levanto, pongo un pie fuera de mi cama, siento la baldosa fría y contemplo a través de mi pie lo que significa poner en marcha el cuerpo. Miro la ventana, veo el sol, las plantas, percibo el aire por el movimiento de los cables de la luz, agudizo el oído para entender las voces que se posan bajo mi ventana fuera de la casa. No entiendo lo que discuten, pero pienso en que deberían hablar de aborto legal, de dejar el consumo de carne o cuestionar el comportamiento de las iglesias en tiempos tan inhóspitos.

“Me engaño a mí misma, creo tener conversaciones sobre cómo mejorar el mundo cuando en realidad no puedo impactar mucho. Sin embargo, lo discuto y lo intento, cambiar algo de mí para que tenga eco al otro lado del planeta.”

Mi nariz se llena de oxígeno para llevarlo a los pulmones, reconozco que estoy viva y mi cuerpo anda con su motor incansable. Me pongo de pie y comienzo una danza hacia el lavabo donde cepillo mis dientes mascullando ideas del día, las acciones, las horas. Me dirijo como una salvaje hambrienta a la cocina porque mi panza me empuja hacia el café, la gasolina de una lesbiana solitaria con gatas. Subo y bajo las escaleras como mínimo unas cincuenta veces al día, alimento a las fieras, riego las plantas, enciendo la computadora, hago y deshago, miro hacia la calle, enciendo la cámara, tomo fotografías a través de la ventana, veo las nubes correr.

Yo estoy hibernando.

Quisiera decir que este encierro me harta, pero en realidad mis ideas de creación, de revolución, de lucha se gestan en esta cama, toman forma mientras observo mi ventana, se pulen durante el café de la mañana, crean imágenes que se posan en mi habitación a través de la ubicación de los objetos que me observan.

Quisiera decir que estoy harta del encierro, pero esta separación del contacto humano me ha hecho entender en lo separados que estamos de eso que llamamos "humano" con tantísima propiedad. Me ha permitido ver en detalle, ir al punto, sentir dónde duele cuando hablamos del alma, evaluar cómo soy y que tanto de lo que hay es lo que realmente deseo, permite deconstruir todo lo que ya no hace falta.

Ahora en medio del silencio, he entendido que lo amado no se encuentra fuera de mi cuerpo si no crece un jardín dentro de mí. Me he dado un respiro de tanta saturación.

Me levanto, pongo un pie fuera de la cama, siento la baldosa fría y comienzo a bailar porque hay un espacio en mi cuerpo donde antes existía ansiedad que ahora se desliza, se traslada por el espacio y me permite bailar.

Mujer Pájaro: Artista escénica lesbiana, egresada de la Universidad Pedagógica Nacional, interesada por los estudios de género y su diálogo con el arte para sanar, educar y potenciar las luchas feministas en los territorios en los cuales se interviene día a día. Cuenta con experiencia en docencia, trabajo comunitario y defensa de los derechos de la población LGBT.

La salsa es un nombre genérico, para mí es el de una mujer

Por: María Victoria Córdoba

“Puedo volar con mis mariposas al lado de las tuyas aún con todo lo que las atropella en esta ciudad inundada de humo, carros, paredes y cualquier otra cosa, todo depende de lo que nos une y lo que nos ha pasado y queramos que pase”. Mariana cierra el libro al final de la historia y se pone a bailar agarrada de un hilo de sus memorias. Aprendió a bailar sola en el barrio de la loma, al ritmo de la música de los equipos de las familias vecinas, hasta que pudo comprar un equipo para ella, el cual cuida y ha trasteado de un lado a otro. Mariana Suárez, como la llamaban en el barrio de la infancia por su nombre completo, conoce algunos ritmos universales porque estudió música. Sabe, y de sobra, que no todo el mundo siente de igual manera esa universalidad. Eso pasa porque los linderos de cada quien son distintos. Después de lo vivido, y a estas alturas de cuarentena con la que le han puesto trazas a todo, ahora recuerda al lado de otros vecinos más que el cómo aprendió a bailar salsa con quiénes aprendió, se acuerda de Stella, de Gilma y de otras vecinas, con quienes empezó a escuchar salsa brava, comprendió que la salsa es tan diversa como la vida misma. Recuerda que le empezó a gustar la Fania, sobre todo por Gilma la vecina que vivía a la vuelta de su casa, compartieron chistes y gustos por la salsa, tardes y noches parlotearon de lo mismo, Gilma la cogía de parche y todo se valía entre carcajadas, hasta que le llegaba el novio a Gilma y entonces hasta luego. Con Gilma aprendió no sólo a escuchar a la Fania, sino y también a montar bicicleta, en una vieja que le pertenecía a Jorge, un hermano de Gilma, en esa casa todos tenían bicicleta, aunque no a todos les gustaba la salsa, pero la salsa y la bicicleta comparten eso de sentir placer por la vida. Por entonces Mariana no pudo comprarse una bicicleta, pero sí un long play de la Fania. No obstante, Mariana aprendió más de salsa con su novia que con Gilma y, sobre todo, de la salsa colombiana. Su novia que vivía en Ciudad Jardín, lejos muy lejos de Mariana, por cosas del colegio se fueron

enamorando. Aprendieron a decirse amor al ritmo de las canciones que se dedicaban, ante cualquier circunstancia, cuando lloraban, cuando terminaban, cuando volvían, llegaron a bailar en chanclas mientras lavaban el patio en la casa de la familia de la novia de Mariana. Entonces que Guayacan, "Te amo-Te extraño", que el Niche del alma con eso del "Cali pachanguero", que el Gran Combo con "Ojitos Chinos" y "Mujer Celosa" y el Joe Arroyo no podía faltar con "No le pegue a la Negra" y también "La Noche". Cuando se dejaron de ver no hubo salsa porque el último disco que le dedico la novia a Mariana fue el "Gato en la oscuridad". En todo caso las rumbas no les faltaron y menos pretextos para abrazarse, aunque no hubiera Whatsapp para soportar ninguna de las ausencias que tuvieron que pasar. Siempre y con todo se quedaba la una en la otra en la memoria con un rosario de títulos de discos de salsa. En esta cuarentena no está Gilma, ni la novia del bachillerato, ni ninguna otra novia, pero eso sí que no haga falta la salsa para bailar porque la salsa se puede bailar con los amores propios que deben ser varios, en las habitaciones propias, entonces te abrazas a los recuerdos, pero sobre todo a ti misma, a lo que las experiencias junta. La vida está hecha de música, es decir de poesía, ¿cómo más se puede vivir cuando el tiempo pasa si no es con una misma? Para hacer la revolución hay que bailar no importan las circunstancias y de eso tiene experiencia Mariana.

María Victoria Córdoba Quintero Nació en Bogotá, el 15 de junio de 1965; estudió licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, trabajó con la Secretaría Distrital de Integración Social en el desarrollo de la Política Pública de Juventud y LGBTI; algunos de sus poemas fueron publicados en la Revista Lesbos de México 1999 y en Gavia Voces Latinoamericanas en el año 2008.

¡Ahí viene la marimba!

Por: Ana Karen Jiménez

En Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en uno de los sures de México hay una preferencia musical. Ya sea por tradición o por elección, la marimba es uno de los instrumentos representativos del imaginario colectivo de Chiapas, y en este caso de Tuxtla Gutiérrez, o dicho de otra manera, Tuchtlán, tierra de conejos. Aquí la idea vendida de la metrópoli, la del progreso, con sus rascacielos y una inmensa cantidad de habitantes desconocidos, no alcanzó sus albores, aún y a pesar del confinamiento, podemos encontrar músicos, o no músicos, tocando al son de la marimba. Afuera, en las calles, en las banquetas de las avenidas o de algún barrio, a lo lejos o a lo cerca, el sonido de las maderas puede entrar en tu hogar.

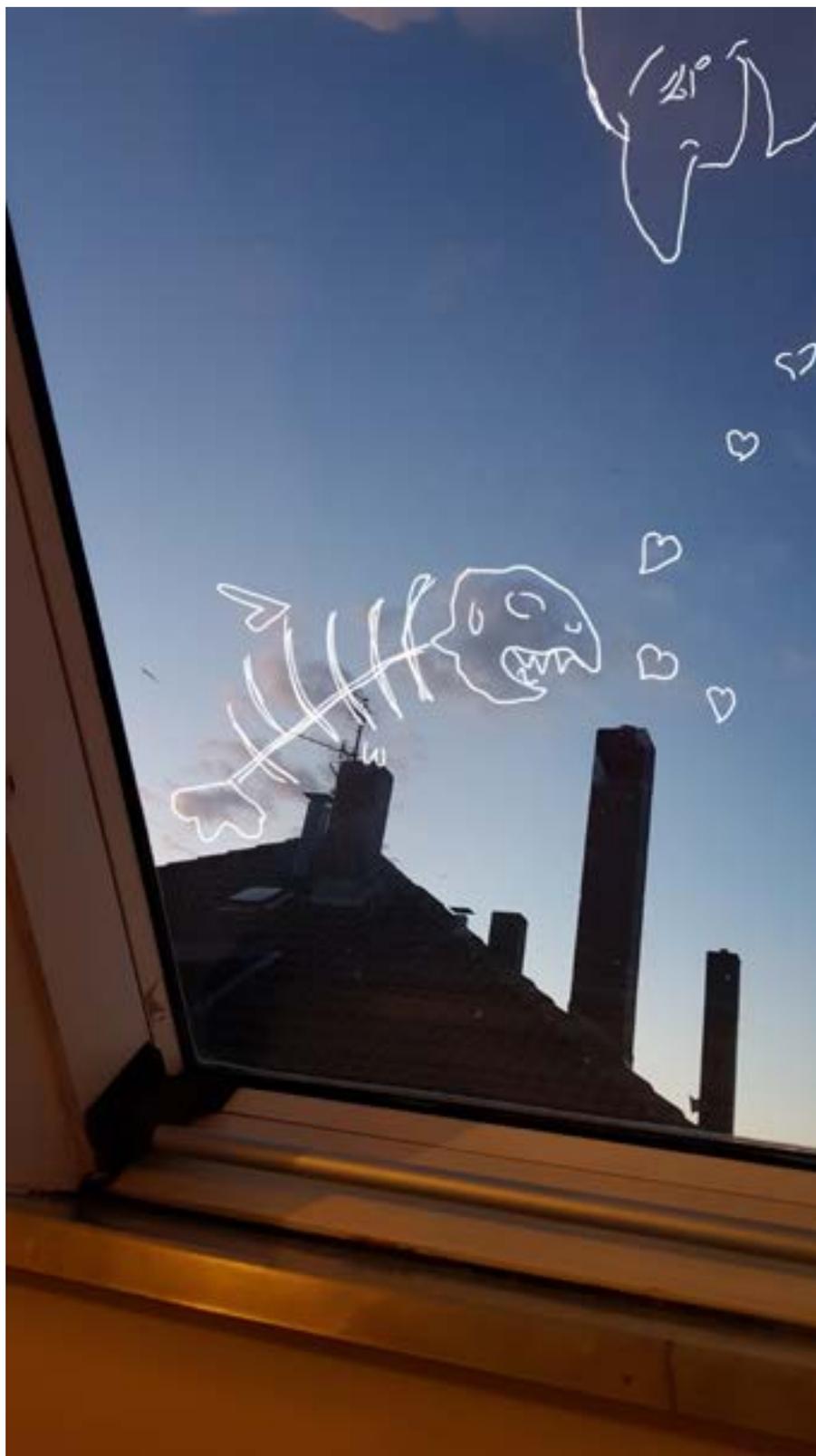
¡Qué buena aventura tenemos en la tierra de los conejos, sorteando las tristezas, la incertidumbre, la angustia con la grata sorpresa de la marimba! Es efímero, pero puede ser todo en este momento. Las y los vecinos salen desde sus ventanas, algunos abren sus puertas, sacan sus sillas a la banqueta para escucharlos, piden canciones que les conducen a sus viajes de recuerdos. Algunas, como mi mamá, le marca a mi abuela, quien está en su pueblo, lejos de esta casa-que es tú casa-, y entre saludos le permite que esa música recorra el oído de mi abuela. Quizá no me explico bien, pero es que escuchar a la marimba afuera de tu casa, ver a esos señores cargando en sus hombros la pieza de madera, que es pesada, recorriendo calle por calle, tocando melodías que te transportan inevitablemente al bailable de tu escuela, al cumpleaños de algún familiar, a los parques de tu ciudad, a la radio de siempre, todo eso es demasiado.

En esta labor de esos señores, que van con sus camisas de manga corta, sus gorras para protegerse de los rayos del sol y sus bolsas a un costado, se les nota en su andar un sentir de no dejar de tocar y no es el propósito banalizar ese acto, porque también es una forma de subsistir, de ganarse unas

monedas y, en esta crisis, cobra una relevancia recibir un pago. Pero pareciera que aquí en este breve espacio creado por ellos, y compartido hacia nosotrxs, pareciera que es un rincón para guardar silencio y escuchar no sólo a un hombre ejecutar con las baquetas un sonido, no sólo a una mujer tararear o bailar el son, sino es la música en su conjunto, en su composición, en su complejidad, que parte de esos trozos de madera que conforman la marimba, y que llega hasta la cabeza de una. Ahora, nos permitimos ese espacio, porque los otros espacios ya están ocupados por las actividades del hogar, de salir a trabajar, de comprar alimentos, de buscar alimentos, ya están ocupados para escuchar las noticias -no tan alentadoras-, esos espacios no requieren de nuestros recuerdos, ni de nuestro sentir compartido, sólo requieren un adoctrinamiento de nuestros pensamientos entre preocupaciones y angustias.

Además, me parece, que la marimba, no como instrumento, sino como un son de la conejada, sin excluir a otros municipios de Chiapas que también tienen sus propias historias con la marimba, es un ejemplo de que podrán venir mil pandemias, pero aún hay cosas que se sostendrán y que para algunos resulte insignificante, pero al menos hoy, para esta calle, para este barrio, fue lo mejor de la tarde. Y me quedaré con eso, con esa sonrisa de mi madre, esa alegría de mi abuela, esa vecina que salió a su banqueta, ese vecino que sacó su silla, y que ciertamente hay mundos que sostenemos en nuestros hombros, pero hoy, el mundo que creamos junto a ese son de la marimba, nos perteneció, y por esa abertura no entró nada más que el apreciar lo que somos con la marimba y sus sones. Gracias músicos, artesanxs de la vida, porque en sus manos están las hendiduras de un recomienzo.

Me llamaron Ana Karen Jiménez Aguilar, pero soy Verde Libre. Nací en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, un 4 de Julio de 1990. He crecido y vivido hasta hoy en Chiapas. Me inquietan las calles, los lugares, los espacios metafóricos, todo lo que acontece, lo que la gente hace y deshace ahí. Soy una eterna estudiante, de las mujeres de mi vida, de mis desaciertos y sueños, y ahora de un doctorado.

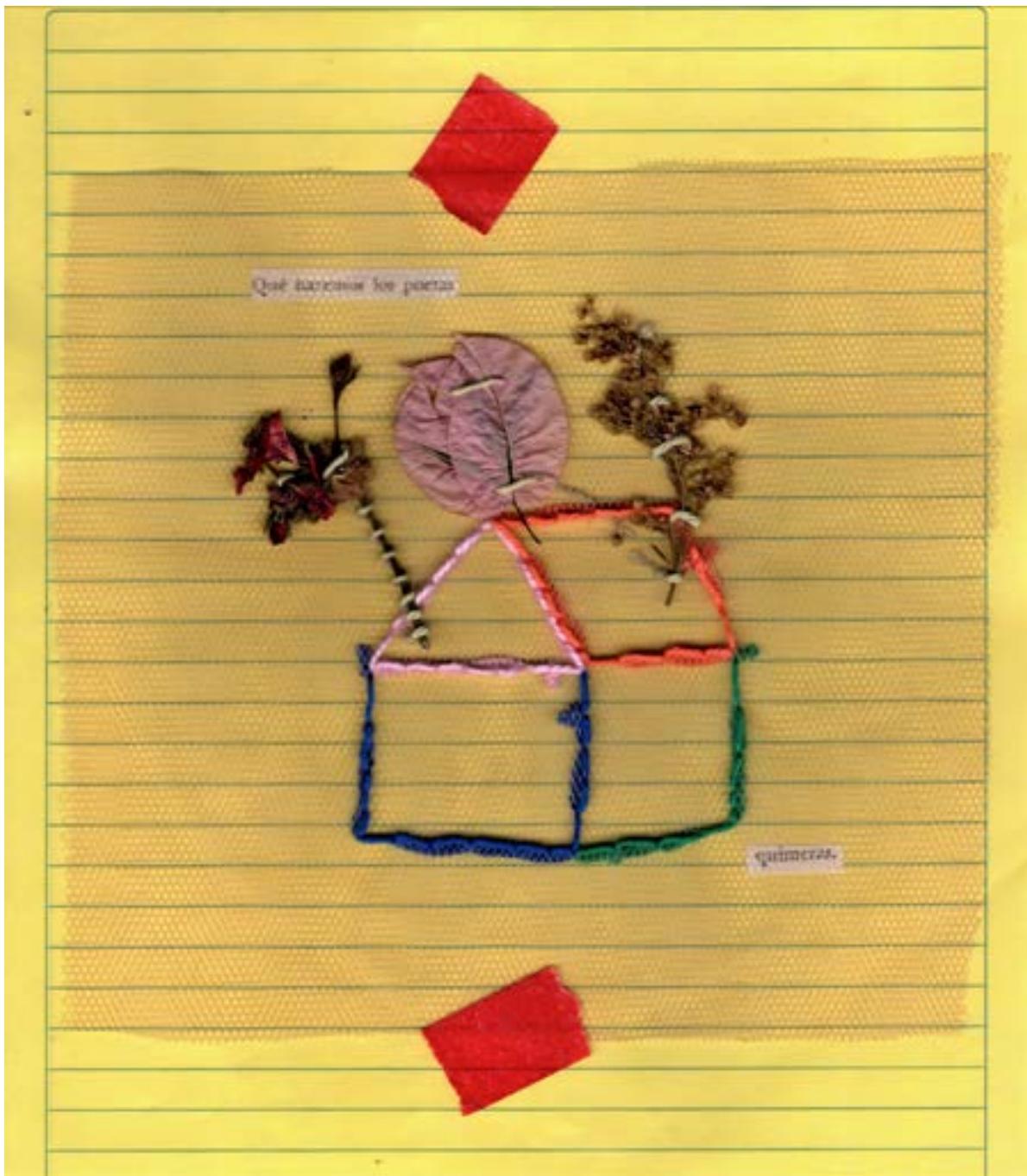


Luz Helena Marín Guzmán

***¿QUÉ HAR
POET***

EMOS L@S

TAS?



Stephanie Barbosa Torres (Artista visual)

Podemos ser cuadernos rayados, cuadriculados, ferrocarriles o sin ninguna línea. Ser hechos con papel amarillo, blanco, verde, o de colores. Con 50, 80 o tal vez 100 hojas. Ser de distintos tamaños. Soy el cuaderno de todo lo que he vivido, de lo que no quise vivir y pasó, de lo que deseé y no sucedió, de lo que me negué. Soy los dibujos que hice de niña y los collage que hago de grande. Soy todas las imágenes que invento antes de irme a dormir.

{ficção visionária num tempo pós covid-19}

[auto em três brevíssimos atos para ser lido momentos antes do fim do mundo: que é diferente de fim dos tempos]

Por: Bárbara Esmenia

{1} ato Y - distopia {bi n a r ismo estrutural }

Não era para ter saído do cascoide aquele dia. todes diziam as mesmas coisas. ainda assim saiu. Mecânicas ciborgues compartilhando espaços nas alamedas entre a/os pouca/os de carne que mantiveram seus corpos ilesos. não que seus corpos fossem realmente ilesos. Ainda que contendo peles, bactérias y produção de odores, cada qual ali na apropriação de um androide, laser ocular ou tecnologia que o valha, fazia de seu corpo extensão para se alcançar as outras. os demais. xs aléns. xy aliens. criaturas dum tempo 2 d.c-19. Num estudo acerca de uma era a.c-19, se descobrira que a nomeavam século. y que contagem era feita referenciando cristo a.C/d.C. descobrira ainda que tecnologias outras eram comumente aplicadas na designação de divisão dos seres enquanto binariedade a partir de uma característica-corpo. No século XX d.C, práticas ciborgues já vinham sendo aplicadas, sobretudo em crianças, a fim de definir desde o início possibilidade encaixante em duas únicas modalidades permissíveis, passíveis de existência naquele tempo: menina y menino. Tudo isso, óbvio, à revelia da autonomia do ser. no caso, da criança. Pois em sendo adulto, na identidade - palavra que foi muito importante nesse tempo - pensada outra da designada, pensada pralém da imposição binária existente - tais práticas eram negadas na legalidade sistêmica, desativando possibilidades de existências do que chegamos hoje, em tempo 2 d.c-19, a reconhecer como binarismo estrutural.

{2} ato X - utopia {desobediência c i v i l }

No dizer urgências dos tempos - como se o antes assim não o fosse - não era tão simples aplicar

desobediência civil quando se está em jogo a própria vida. Mas, afinal, qual era nosso histórico de sobrevivência obedientes mesmo? Se lembrou fulane que nos validava em presente o que nos situação enquanto do sul. Do globo-sur que não referenciado em combate-vírus, em combate-guerras, em combate-quebra-economia tal qual dos nortes. Tecnologias abissais se apresentavam em diferenças. Na valoração-dinheiro de quem pode comprar mais. Nada novo até então. Ainda que obediência civil seguida quase-todes desde-decreto, tal não parecia alterar os desastres, as vidas de sempre soterradas, quem dali pra frente desceria mais linha da pobreza, quem a/os primeiros morta/os covas-cemitérios-públicos já abertas à espera, quem se safaria seguro em seus dinheiros aerodinâmicos. Y se fosse tentada ela-desobediência civil? Alguém hipoteseou em tempo 2 d.c-19 (depois covid-19). Por via saída massiva mesmo? Os corpos ocupantes espaços que lhes pertencem em coletivo: as ruas. Retomada callejera. Em consciência plena das narinas que habitam em si. Os pulmões se fortalecendo sapientes do estágio latino-americano de sua formação. Do que foi preciso brotar dos solos para nutrir gerações. Ato desobediência civil consciente da necessidade ocupação pública em armada de planos. Ato desobediência civil consciente de que vírus também é pertencimento público, espaço rua. Tal qual nós sobrevivendo em coletivo. Multiplicando. Convivendo outros corpos.

{3} ato W - entropia {natureza se r e v i t a l i z a }

Não havia mais um humano por onde quer que se transitasse. Breve tempo levado para rearranjo global. Em poucos giros do Sol y tinha-se todo um planeta em restauração, em circular de seres que não humanos, permitindo suas recomposições atmosféricas, aquáticas, florestais, terrestres, interno-chãos. Acharam que só as baratas sobreviveriam. Mas foram tantas num todo d'espécies animais, vegetais, minerais a seguir tempo tempo tempo tempo delas próprias - que nunca teve a ver com cronômetro pré-covid-19 humanizado, a imputar seu tempo nelas. Que sentido era outro que não

o funcional humano do que chamavam progresso; avanço; desenvolvimento. De humanidade que analisava vidas-bichos a partir de suas métricas. Que as narravam mais enquanto estados de lutas y ações para a própria sobrevivência (deles, os bichos). Sempre pensado como entremeio para outro objetivo. um dito maior. mais à similaridade do que faziam os humanos. Que quando viviam, relações com animais eram denominadas pronome possessivo: eu tenho um cachorro. você tem animais? eu tenho três gatas. Quase nunca narrada como verbo de convívio. eu moro com uma gata. lá em casa eu vivo com um cachorro y um cágado. o peixe bartola y eu vivemos juntas. Nunca o com, sempre o tenho. que era uma das tônicas daquele tempo. o pertencimento em forma de propriedade. Acharam que somente as baratas sobreviveriam. Acontece que o pertencimento sobreviveu junto. Pertencimento de se estar no mundo como integrante comunitário. Não mais como usurpador.

(São Paulo, Brasil) é poeta, tendo dois livros publicados: {Penetra-Fresta} (2016) e Tribadismo : mas não só - 13 poemas a la fancha + 17 gritos de Abya Yala (2018), ambos pela padê editorial. É curinga de Teatro das Oprimidas, atualmente integrando a grupa Ybyrá, formado exclusivamente por lésbicas e mulheres bissexuais. É uma das fundadoras e editoras da padê editorial, editora artesanal com foco em publicações de escritas de mulheres negras e pessoas lgbt+. Integra o comitê editorial da Publicar al Sur (México) coordenando as áreas de artes e feminismos.



A arte de transformar merda em rosas: Causos do fundão da Solidão em tempos de pandemia

Por: Michele Torinelli

Usei o balde velho do banheiro seco, já inutilizável para tal, pra plantar rosas. Ganhei as mudas da Dona Vilma, vizinha que é meio gente meio planta aqui no fundão da Solidão, nos rincões de Mata Atlântica desse vale portal Maquiné. Fui deixar umas bananas pra ela, aqui não falta, graças à Pachamama e a quem as cultivou, e perguntar se ela precisava de alguma coisa, pois vive sozinha aqui no fundão. Me encomendou ração pros seus muitos gatos, quando a gente fosse pra cidade. A gente. Nós. Como é bom ser coletividade. Como é bom ser nós. Na alegria e na tristeza. Na saúde e na doença. Com enxada, carro, computador ou maracá.

Dona Vilma lamentou não poder me abraçar, diz que já faz uns dias que tá sozinha. Que os parentes tão com medo de vir da cidade grande trazer o rancho que compraram pra ela, medo de contaminá-la. De transmitir o terrível vírus. Eu contei que quero plantar rosas. Ela me deu as mudas. Fui lá perto da Figueira ancestral, Mãe da Mata, e coletei terra fértil da floresta. No caminho, passei pela antiga composteira, onde colocamos os restos de comida, e peguei um pouco da terra, em poucos meses já compostada. E, finalmente, fui no mato atrás de casa e peguei a terra do antigo banheiro seco. Merda que vira adubo.

Misturei as boas terras. Coloquei no velho balde, um jeito de reutilizá-lo como vaso e proteger as mudinhas. Estaqueei as mudas. Reguei com meu sangue. Roguei para que venham, lindas, as flores. E aí pensei nos descaminhos da humanidade. Pudera! Quando se tem nojo do próprio lixo, da própria merda, do próprio sangue, enquanto tudo o que se quer é se livrar deles o mais rápido possível, não importa para onde nem como, essa merda polui. Esse lixo contamina. (Sem falar no medo e desconforto na mata, a incompatibilidade com a vida. Viciadxs numa pretensa comodidade estéril. O nojo do sangue menstrual. Desconexão com os ciclos da vida – da terra, explorada como as mulheres.)

Chega uma hora que é tanta merda e lixo que explode. Muta. Viraliza. Vira pandemia. Talvez em algum lugar longe, do qual se ouve falar apenas pelos noticiários. Mas uma hora, de lixo em lixo, de merda em merda, explode por todos os lados. Longe. Perto. Dentro.

Ah, a revolução. Necessária revolução. Dos baldinhos. Da mentalidade. Das relações. Se todo mundo conseguir lidar com seu lixo, com sua merda, dar um bom destino, diariamente. Compostá-los de tanto em tanto. Caminhando no compasso do ciclo da renovação da vida. Vira adubo. Vira rosa. Vira alimento.

A terra tudo aceita. Tudo transforma. Grande Mãe. Acolhe o pior e o melhor de nós. Basta saber, respeitosamente, conscientemente, humildemente, entregar. Com responsabilidade. Olhando pras nossas pequenas merdas e pequenos lixos todos os dias, e sabendo encaminhar. Honrando nosso santo e palpável, vivo e nutritivo, sangue.

Serve pra mim. Serve pra você. Serve pra humanidade. Serve pro planeta.

Agradeço ao aprendizado coletivo, à terra amada, à Dona Vilma, que me deu as mudas. À coletividade Junana, essa cabocla, esse nós em meio aos muitos nós dessa grande rede de Bem Viver.

Agradeço à sabedoria ancestral, aos muitos povos que carregam as sementes crioulas dos ensinamentos de como viver em equilíbrio com o ciclo da vida nesse mundo – e talvez em outros, como bem lembra **Ailton Krenak**. Outros mundos que atravessam esse mundo. Gracias a todos os

seres, visíveis e invisíveis, a toda a força de vida-morte-vida.

Compostemos.

Lixo, merda, angústia, inveja, ódio, medo, competição. Compostemos. Vira coragem, vira decisão, vira boa ação. Organização. Conexão. Re-evolução.

Vira amor, em pétala de flor.

Contar e cantar a vida, eis minha maneira de andar. Tenho uma trajetória de atuação com cultura e comunicação popular, alternativa, rebelde, subversiva, ativista ou como quer que se chame, pesquisei ativismo político em rede e muito caminhei por Abya Yala. De 2016 a 2019 percorri este incrível continente conhecendo e contando histórias de reexistência com o projeto Vida Boa - vidaboa.redelivre.org.br. Desde meados de 2019 co-habito o Território Junana - junana.redelivre.org.br, na Mata Atlântica, sul do hemisfério sul, onde vivemos autonomia, agroecologia, coletividade, espiritualidade e ancestralidade na grande rede de Bem Viver.

Hilvanando sentires en tiempos de cuidado

*Por: Red de creadoras, Investigadoras y Activistas sociales
Ivett Peña Azcona, Diana Lilia Trevilla Espinal, Atsiry Yareli López Fabila*

Hoy más que nunca nos convencemos de ser RECIAS, de crear, analizar y proponer alternativas desde la sensibilidad que nos empuja a no querer volver a la normalidad. Por ello, buscamos desde lo profundo los hilos que se nos desbordan en la creatividad y la inconformidad, para encontrarnos con otras, otras, otras, otrxs en complicidad y juntas tejer una madeja, bordarnos en colectividad para contar nuestras historias rebeldes desde nuestros múltiples territorios cuerpo-casa-tierra-imaginación.

Resistimos a la mercantilización de nuestras vidas, a la lógica capitalista, patriarcal y racista que es la causa de la pandemia y a sus mensajes de productividad insaciable como cura. Nos negamos a rutinas que se empeñan en romper vínculos, en su lugar, tomamos la tela, el hilo y la aguja como experiencia de fractura, como radicalidad para pinchar la burbuja del confinamiento, para restarle peso a la ansiedad y comenzar a crear, desde un tiempo nuestro, con nosotrxs y cada unx, aún en la distancia.



Hilvanando sentires. Bordado elaborado por Diana Lilia Trevilla Espinal



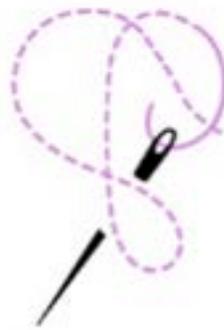
Cartografía de la resistencia. Bordado elaborado por Ivett Peña Azcona

realmente imprescindible. Sin tener que estar mirando pantallas, llevamos un registro y reflexión de nuestros días desde la poesía colorida que cuenta lo que sentipensamos y nos va sanando.

Bordar nos ha llevado a conectarnos con nuestras ancestras, para retomar la ruta de las raíces y la memoria que siguen vivas. Para reivindicar que la conexión va más allá de routers y cables, que estas son sólo algunas de las herramientas, pero que sigue siendo necesario hilvanarnos desde lo artesanal, con las manos, con las voces y con todo lo humano que en estos tiempos se presenta como riesgo, pero que, no obstante, el riesgo sigue siendo destejernos en el distanciamiento social.

Bordadorxs

Diana Lilia Trevilla Espinal
 Ivett Peña Azcona
 Atsiry Yareli López Fabila
 Lourdes Fabiola García
 Nancy Yáñez Corrales
 Edgar Atzín Martínez Yáñez
 Luz Elba Gómez Ruíz
 María Teresa Pérez Gómez
 Daniela Torrentera
 Yazmín Campos
 Gabriela López Gómez
 Vicra Rojas Lozano
 Cirila Peña Matus
 Amy Mariana Rodríguez Peña
 María Nectly Ortega Villegas
 Leticie Oropeza Gómez
 María Fernanda Santiago Oropeza
 María Regina Santiago Oropeza
 Nissa Matus
 Santiago Landois Álvarez Icaza
 Alejandra Martínez de Castro



Diana Martínez
 Rosa Fernanda Serna
 Ximena Castillo
 Tsunum Velázquez
 Yoali T. Bello
 María Eugenia Pérez
 Madoris Toledo Núñez
 Geanina Amaya Rodríguez
 Sueli Fuentes
 Elena Moshan
 Dalia Pérez
 Indra Rubio
 María Villegas
 Blanca E. Ávila Fabela
 Oscar Bautista
 Mirna Ambrosio Montoya
 María Mercedes Ojeda
 María del Pilar Espinal García

La ilustración 'Hilvanando Sentires' fue elaborada utilizando imágenes de los bordados y frases escritas por cada una de las personas participantes.

Así, nos zurcimos en lo que ilustramos y compartimos una parte de nuestra personalidad conectando también con nosotrxs mismxs, para hacer de los hilos una política íntima, subversiva y desde el arte, comunicamos nuestros sueños y anhelos, generando diálogos en otra lógica que nos hace fugarnos de la narrativa dominante, del tiempo lineal, para también sumergirnos en la contemplación y disfrutar de aquello que no pueden quitarnos: nuestra libertad de crear e imaginar.

Hilvanando sentires en tiempos de cuidado ha convocado el bordado como un registro y una resistencia mediante un proceso creativo no desde el encierro, sino desde la subversión de juntarnos y construir nuestros propios lenguajes y códigos, como nos han enseñado las abuelas, tías, madres y amigas, a resistir desde la alegría y la lucha cotidiana. Aquí compartimos con alegría y agradecimiento, una parte de los resultados basados en las fotografías y sentipensares de quienes hasta ahora, hemos participado.

ACRÓNIMO

Histórica la humanidad por el encierro,

Ilusa creyendo "es una falsa alarma",

Los días transcurrían sin mejoría,

Visualizando el panorama mundial,

Aniquilando la posibilidad de volver a la "normalidad",

Nulificando el contacto físico,

Adaptándonos al nuevo ritmo de

No carreras, no rutina

Dando vuelo a la imaginación

Optamos por el bordado como opción.

Sentimientos fluyendo entre telas, hilos y dedos,

Entrelazando personas, lugares y arte

Nos unimos en la distancia

Tratando de compartir y motivándonos a resistir,

Ingeniosa la idea, lamentable el motivo,

Red de personas creativas,

Espectaculares creaciones mostramos,

Sentires hilvanados en tiempos de cuidado.

Nancy Yáñez Corrales

Agradecimiento: Agradecemos a todas las personas que son parte de la experiencia creativa en tiempos de cuarentena. Gracias por compartir sus creaciones, sus sentires y por acompañarnos desde nuestras casas.



Ilustración: Atsiry Yareli López Fabila

RECIAS (Red de Investigadoras y Activistas Sociales)
Correo electrónico: red.recias@gmail.com
Facebook: @RedRecias
<https://recias.wordpress.com/author/recias/>

Alas color violeta

Por: Ana Isabella Lombo

Soy Artemisa y mi vida siempre ha sido una paleta de colores. No vivo con mamá, ni papá, tampoco con mis abuelos, ni hermanos, pero sí que es cierto que les extraño muchísimo, cuando el gran dios patriarca nos aisló, mucho antes de esta pandemia, mi vida era color negro carbón, triste, oscura, individualista, injusta, lejos del contacto, del afecto, tal cual como el color de las medidas de la cuarentena.

En este aislamiento vivo con Judith, mi novia, pero también con su mamá y papá. Su mamá es una mariposa de grandes alas, maravillosa, muy inteligente, no muy comunes en su especie, pues ella nunca fue a la escuela, pero aprendió a volar y luchar. Llevamos una guerra fría, hace ya bastante tiempo, con Agostino, el papá de Judith, pero también con todos los Agostinos del mundo y el sistema que lo respalda. La guerra se agudizó con esta pandemia, pues mucho tiempo en casa, nos obliga a comportarnos como todas unas "señoritas" y a mamá de las grandes alas a no revolotear. Esto nos ha llevado a grandes frustraciones, ansiedades y llantos juntas, ¿pues a quién carajos le gusta servirle un plato de comida a su violentador? A lavarle la ropa, a tenderle la cama, a escucharle. Hace poco encontramos un tablero de parques empolvado, es de princesas, ese día hallamos la estrategia caracola "lenta pero segura" y la construimos día a día. Comenzamos a jugar, y mientras hablamos y reíamos juntas de lo ridículo que es Agostino(s), la mamá de Judith ganó la primera ronda, dijo "macho horrible, no me va impedir volar, vamos a ser libres niñas y vamos a ganar esta guerra para no morir". Ahí empezó nuestro ataque al monstruo que se apellida: aislamiento patriarcal capitalista. La estrategia caracola; consiste en irnos tejiendo las alas juntas, en sabotear todas aquellas cotidianidades, lugares, acciones que le "pertenecen" a Agostino(s), de servirle la comida y que él vaya por ella, de burlarnos juntas de él, de "que si no subió la ropa para lavar, la lava solito", de darnos

afecto Judith y yo, mientras mamá mariposa rebelde, lo distrae, de ir ahorrando, de irnos seguras de casa sin pasar hambre, de organizarnos, de reunirnos, de juntarnos con otras mujeres por llamadas, cartas, arengas, mensajes. De no comer solas, de comer juntas y dar de comer, de trenzarnos cada noche, de cuidar nuestras plantas, de pintar nuestra vida y la sala color violeta, mientras juntas acabamos a la pandemia. La estrategia caracola es en últimas, solidaridad, colectividad, amor, porque nos querían aisladas, pero somos unidas, rebeldes y libres, pues “en un mundo de gusanos capitalistas, hay que tener coraje para ser mariposa”.¹

1 Lohana Berkins 1965 a 2016. Argentina, feminista, activista trans.

Soy activista en movimientos feministas, sociales y estudiantiles, escritora empírica de otros mundos posibles, profesora, bailarina y actriz. Estudiante de último semestre de la Licenciatura en Artes Escénicas, donde actualmente desarrollo un trabajo de investigación en el que pretendo identificar las violencias basadas de género.

El origen del placer

Por: Jessica Parra



A la mierda, toda paja se vale en tiempos de pandemia.

Jessica Parra, con seudónimo "Mareos", nació el 29 de octubre de 1995. Desde niña ha experimentado en distintas expresiones artísticas, siendo adolescente trabajo con varias comunidades y actualmente es estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional, donde cursa sus últimos semestres de la licenciatura en Artes Visuales. La sexualidad ha despertado su interés tanto pedagógico como artístico, y desarrolla piezas exploratorias sobre el placer femenino.

Registros urgentes de un cuerpo en cuarentena

Por: Camila Newton



Ayer planeamos con Sebastián un encuentro estratégico, válido en tiempos de cuarentena. Le propuse encontrarnos en la verdulería de la UTT –Unión de los Trabajadores de la Tierra– que queda equidistante de su casa y de la mía. Busqué en el mapa las cuadras que distaban a cada casa del punto. Nunca hago eso, odio contar cuadras, suelo elegir el camino más atractivo para mi vista sin importarme si es el más largo. Pero esta vez, la exactitud ameritaba. La policía en las calles y la amenaza de detención (ese día vi en el diario que detenían a un adolescente en San Telmo por ir a jugar al Pokemon Go, no puedo evitar la mueca burlona mientras lo escribo) me llevaron a contar las cuadras: siete para él, cinco para mí.

Era EL encuentro, EL plan. Era nuestra cita en la calle. El romanticismo con el que veía a ese encuentro en la verdulería, me llevó a escribirle una carta. Carta que terminó siendo un collage con preguntas, al que titulé: “Preguntas urgentes de un cuerpo a otro en cuarentena”. En el medio de la hoja, un cuerpo de mujer fragmentado: tres cabezas, de un lado vestía una maya casi transparente, del otro un kimono, un pie estaba desnudo, el otro con zapatilla, un hemisferio plegado, el otro extendido. Con brillantina –algo que estoy redescubriendo en estos tiempos, la última vez que la usé fue en el colegio– tracé una línea de puntos desde su base hasta la coronilla, terminando en una flor que se expande hacia el cielo. Abajo, le pregunté cómo: suena su cuerpo al escribir, mira su cuerpo al bailar, huele su cuerpo al amar, siente su cuerpo al descansar.

Guardé el collage-interrogante en un folio junto con un libro de poesía escrito por otra Camila. Imaginaba la hoja apoyada en la ventana de su cocina, lugar donde suele trabajar. Y eso quería, acompañarlo en sus momentos de trabajo, extender mi cuerpo en tinta y papel para estar más cerca. Me puse el perfume de salir y me fui con bolsa de compras en mano, el objeto habilitante para la circulación. Caminé con mis preguntas urgentes en una bolsa, sin saber que las preguntas más urgentes, el registro corporal más urgente, vendría después de caminar esas cinco cuadras. Las otras

eran urgentes por audibles, por cómo retumban entre mis paredes. Las otras, serían urgentes por el miedo y el desamparo que me atravesó de pies a coronilla, como la línea de puntos de la mujer fragmentada.

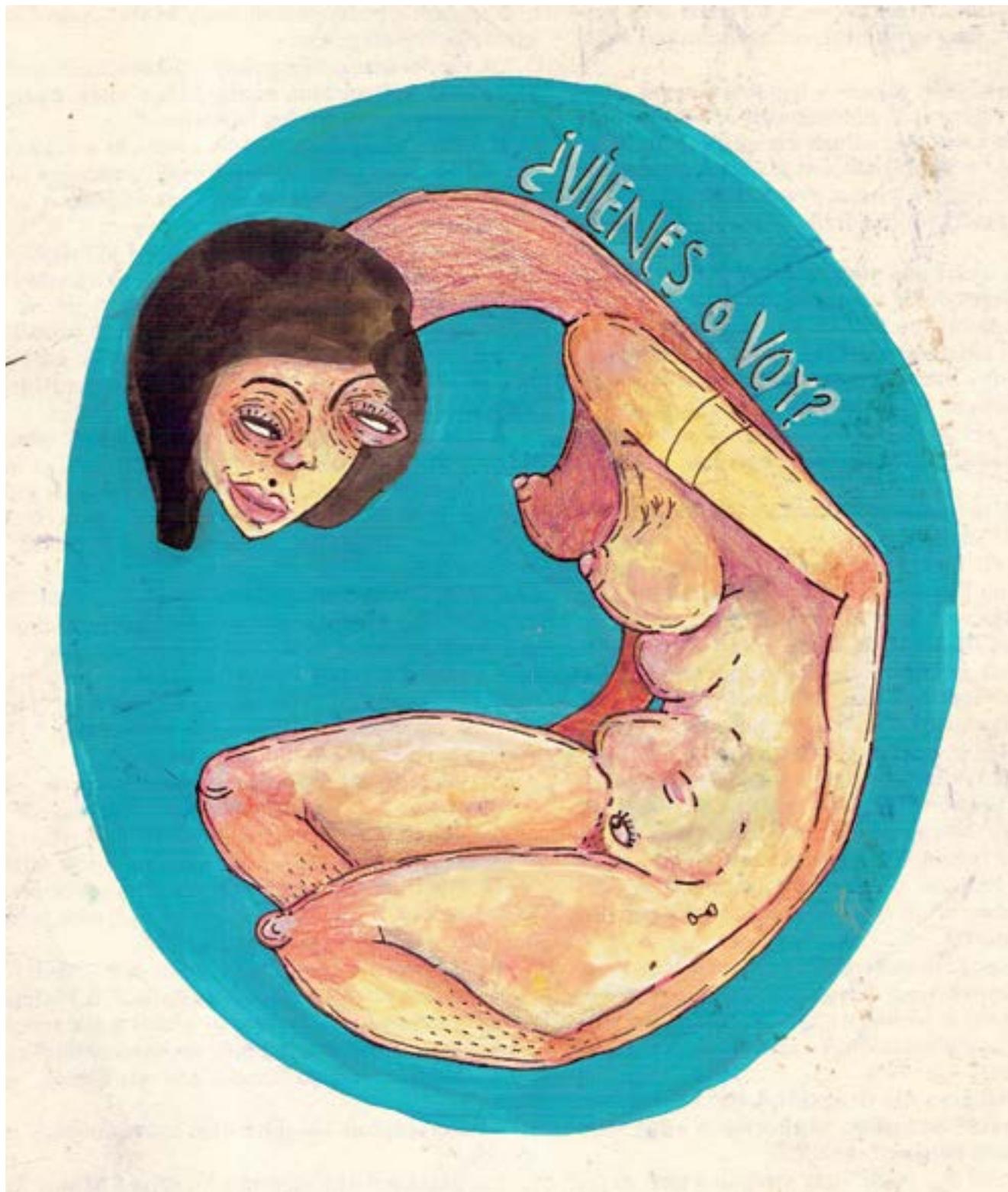
Caminé con la respiración corta, apresurada. Miraba al frente, intentando mostrarme segura y decidida. De reojo veía a un policía apoyado en la persiana del supermercado chino -cerrado hasta el 19 de abril-. El corazón se me aceleraba, repasaba las explicaciones que le daría al policía en caso de ser interceptada: voy a comprar al almacén agroecológico porque tengo problemas de piel, no puedo consumir nada que no sea agroecológico. ¿De verdad pensaba que el policía me iba a creer?

Nunca había elaborado frases para decir a un policía cara a cara. Mis sentidos estaban bien activados, tenía ojos y oídos en la espalda. Cada auto que pasaba, giraba mi mirada levemente hacia atrás para corroborar que no fuera un patrullero. En cada esquina que cruzaba, llegaba lejos con mi mirada buscando luces azules. Pasé por la plaza Almagro y de reojo vi que había un hombre adentro de una garita con los logos del gobierno de la ciudad. Susto otra vez, pecho comprimido. Faltaban dos cuadras para llegar. En la esquina, una verdulería con gente esperando afuera. Esquina de Bulnes y Díaz Vélez, alivio. Empezaba a relajarme. Vi una fila que llegaba hasta la mitad de la cuadra. Estoy a salvo, llegué.

Doce horas después, sentada en mi escritorio, con la respiración más calma, pienso en otros cómoos: respira mi cuerpo con miedo, mira mi cuerpo desprotegido, late mi cuerpo amenazado.

26 de marzo de 2020

Camila Newton (Buenos Aires, Argentina) es trabajadora social. Actualmente se desempeña como docente y becaria doctoral CONICET en el Instituto de Estudios Sociales en Contexto de Desigualdades en la Universidad Nacional de José C. Paz. Investiga temas de diversidad sexual e identidad de género travesti y trans. Está estudiando la Maestría "Sociología de la Cultura y Análisis Cultural" en la Universidad de General San Martín.



Lucy Tejada

Operación: asesina del popó Y otras crónicas de cuarentena

Por: María Teresa Garzón Martínez

Para Margarita Medina, mamá de la manada

Cuarenta días –¿eso es una cuarentena verdad?– en la comuna anarko punk feminista radical de la familia Garzón Bauer Wick –la mía– y la llegada de la primavera hacen del día tras día un día normal, como lo describe el odiado Juanes: “hoy es un día normal, pero yo voy a hacerlo intenso. Hoy puede apagarse el sol, pero no la luz de mi alma”. Y vaya que han sido días normales...

Operación: asesina del popó

La cuarentena se me ha ido en descubrir la asesina del popó. No se trata de una asesina realmente, sino de una farsante. Las cosas se vienen dando reiteradamente. Todas las mañanas aparece un popó minúsculo en un lugar prohibido –como si en la comuna anarko punk feminista radical de la familia Garzón Bauer Wick hubiera lugares prohibidos–. Y la investigación empieza. Stat –el chihuahua más peligroso del mundo– está descartado, pues él es el rey. Sí muchachas: aquí el patriarcado se cuele. Entonces, sólo quedan tres sospechosas: todas hembras, todas estratégicas, todas súper tiernas. Daysi –princesa chihuahua– asume la culpa y corre a esconderse, pero Pedrita –gata actriz– y Boyka –gata faraona y manda más– también lo hacen. Trabajo en equipo, planeación y coordinación. Creen que me pueden engañar y, de hecho, lo hacen. Y yo ahí, dizque poniendo trampas, manteniéndome alerta, siguiendo los pasos sin ningún resultado. La asesina del popó ha burlado la ley en tiempos de neo fascismo.

La prohibición Vives

A veces me pregunto cuáles son las “pruebas” reales de aquellas personas que aseguran que los animales no tienen capacidad de razonar, sino que sus decisiones –si es que se puede hablar de una acción semejante– obedecen a un sistema de instinto diseñado para la mera sobrevivencia. O tal vez tengan razón y los animales pueden elegir no escuchar cierto tipo de música por razones netas de sobrevivencia. En consecuencia, es posible que yo me esté suicidando canción tras canción. El hecho se remonta años atrás, cuando Stat era tan sólo un cachorro. Una tarde de primavera me dispuse a limpiar la casa y, obvio, puse música de Carlos Vives, el conocido cantante colombiano de vallenato-pop-rock o rock-vallenato-pop o pop disfrazado de vallenato sin nada de rock. Apenas empezó a sonar la primera canción, Stat saltó de su sillón que antes era mío, me miró con ese gesto de “no es posible” y se fue hacia otra habitación. Quedé estupefacta y me sentí culpable. Así que cambié la música. Desde entonces no volví a poner música de Vives y viví bajo la prohibición Vives. Muchos años después, es decir ahora, quise hacer ejercicio con música alegre y me atreví a romper la censura. Así que, consciente de que quien usa la razón, es líder y provee a la manada soy yo, puse a rodar una playlist de música de Carlos Vives. Grave error, suma estupidez, completa falta de raciocinio. Esta vez, Stat saltó de su sillón ipso facto, al igual que Daysi, Pedrita y Boyka. Esas malas caras no las podré olvidar jamás. La manada abandonó la sala y se dispersó por la casa en un acto de protesta pasiva agresiva haciéndome saber que la prohibición Vives no se levanta ni siquiera en cuarentena por razones de pura sobrevivencia.

Lección Wick: otro día para robar

Daysi es una Wick: determinada, concentrada, comprometida y tiene mucha voluntad. Sin embargo, a diferencia de John Wick, ella no se presenta cómo es. Se hace la tierna, la inocente, la que “yo no

fui". Pero yo sé de su mente fría y calculadora. Existe otra diferencia: Daysi no trabaja sola, ella es la líder de la temible mafia del "pollito". Esta mafia se dedica a robar alimentos cocinados y listos para su ingesta. Así es de peligrosa esta organización. Entre varios alimentos robables, esta mafia privilegia el tráfico de pollo en todas sus versiones de cocción. Lo que hace realmente peligrosa a esta mafia es su nivel de organización: la distribución de tareas es precisa y su sincronización perfecta. Es más, si no hubiera sido víctima en varias ocasiones diría que miento, que un fenómeno tal es imposible. Daysi lidera y es la encargada de empezar la acción: ella me busca, me da un beso y me pide salir al jardín con la excusa de ladrarle al vecino. Y, bueno, cuál feminista se puede resistir a molestar a un macho. Así que creo ser parte de algo más grande –la suma del encierro, el virus y los ladridos de la princesa chihuahua harán que el patriarcado explote– y caigo en la trampa. Me retiro de la cocina dejando el pollito en un plato en una mesa alta, en otras palabras, un lugar evidentemente seguro. ¡Ja! Estoy casi convencida de que, en cuestión de segundos, Boyka salta a la mesa y empuja el pollito al vacío, donde Pedrita lo recibe y lo transporta a algún tipo de guarida secreta mientras Stat está en la puerta vigilando. Cuando ve que estoy de regreso, Stat se pone patas arriba para pedirme masaje en la panza. ¡Es su preferido! Y yo encantada, pues el amor todo lo puede. Una vez satisfecha porque Daysi ha ladrado con buen tono al vecino y Stat está feliz con su masaje, me dispongo a concluir la preparación de mi comida, me acerco a la mesa y descubro que no hay nada. Nada. No hay rastros, ni huellas, ni siquiera algo de suciedad. Me giro enfadada y no veo a nadie. Me doy cuenta que cualquier reacción más allá de eso es inútil. Por lo tanto, doy gracias a las diosas pues el ayuno –obligado– es bueno para la salud. No, yo no temo al hombre de la bolsa, ni mucho menos a aquel que mató a tres hombres en un bar con un lápiz. Temo a la ternura de Daysi porque ella definitivamente es una Wick y para una Wick siempre existe otro día para robar.

The Circle. Chiapas.

Las redes sociales, verdad y mentira. Lo cierto es que el tema no me interesa más allá de los memes. Hago parte de una generación bisagra entre el clásico computador IBM de D.O.S y Netflix, por lo que no desarrollé destrezas que me permitan entender la utilidad de Instagram. Sin embargo, en cuarentena la familia Garzón Bauer Wick juega a The Circle. La cuestión es sencilla en teoría: aparentamos que no nos conocemos, cada una habita en una habitación de la casa y nos comunicamos por un mecanismo que se activa con la voz y es una especie de Facebook más sencillo. A través de ese mecanismo puedes acceder a la foto de cada participante, una pequeña descripción de esa persona y puedes chatear. El drama radica en que no se sabe a ciencia cierta quién es quién, es decir, un hombre puede hacerse pasar por mujer o, lo que puede ser peor, por feminista. Día tras día una jugadora debe ser eliminada. ¡Ah! Por cierto, cada vez que se chatea usas un hashtag al final de la frase. Hasta aquí la teoría. En la práctica, mi familia juega bajo otras lógicas. No tenemos una casa con varias habitaciones –rentamos lo que podemos pagar y ya–, no tenemos un mecanismo de comunicación tan sofisticado –usamos una conexión a internet que nunca funciona y el teléfono celular es un patrimonio que no comparto– y todas y Stat nos conocemos bien. Así y todo, jugamos.

“Circle abre el chat”, dice Stat y empieza a hablar con Boyka: “esta noche no dejaré que duermas en cama de mamá porque me acaloras mucho #elreydelacama #elreydelsillón #elreydelacasa”. Boyka responde: “Circle, escribe: ni loca #reinaFaraona #lomíoesmío”. Interviene Pedrita: “Circle, escribe: tengo popo en mi colita #cagodondesea #hechosnopalabras”. Stat responde: “Circle, escribe: hoy no comimos pollito #dietaketo #dóndetámipollito”. A lo que Daysi añade: “Circle, escribe: volví a ladrar al vecino #miladridocambiaráelmundo #fieradelaternura”. Entonces, Boyka interviene: “Circle, escribe: no entiendo nada de lo que dicen, pinche grupo de animales #soydeotromundo

#noamoraconmigono". Daysi, disgustada, expresa: "Circle, escribe: alguien se comió mis croquetas #estonoessororo #falsasfeministascomoeneltrabajodema". A lo que Pedrita suma: "Circle, escribe: a mí no me miren #asesinadelpopó #mafiapollito". Y Stat reacciona: "Circle, escribe: me picó una pulga en la patita #porcuarentenanomeducho #vikingosultimatemporadayaennetflix". A lo que Tere responde: "Circle, por favor, por lo que más quieras escribe: todas a dormir ya, es media noche y mañana debo trabajar pues el trabajo se triplicó con los cursitos virtuales #trabajoprecario #nomamen #madresoltera #deporlasdiosas". A lo que la manada responde: "Circle, escribe: primera eliminada: Tere #yalahicimos!".

Y así, entre popós, pulgas, inanición por robo de alimentos, ayunos obligados, peleas por y en la cama, besos, ladridos, prohibiciones, bailes, abrazos, intentos vanos por mantener un espacio ordenado y por impartir clases virtuales que no incluyan ladridos, pasan los días de primavera en medio de una pandemia que tal vez cambie radicalmente muchas cosas, pero no esta: pueden ser días normales, pero la familia Garzón Bauer Wick los hace intensos porque nada ni nadie apagará la luz de nuestras almas.

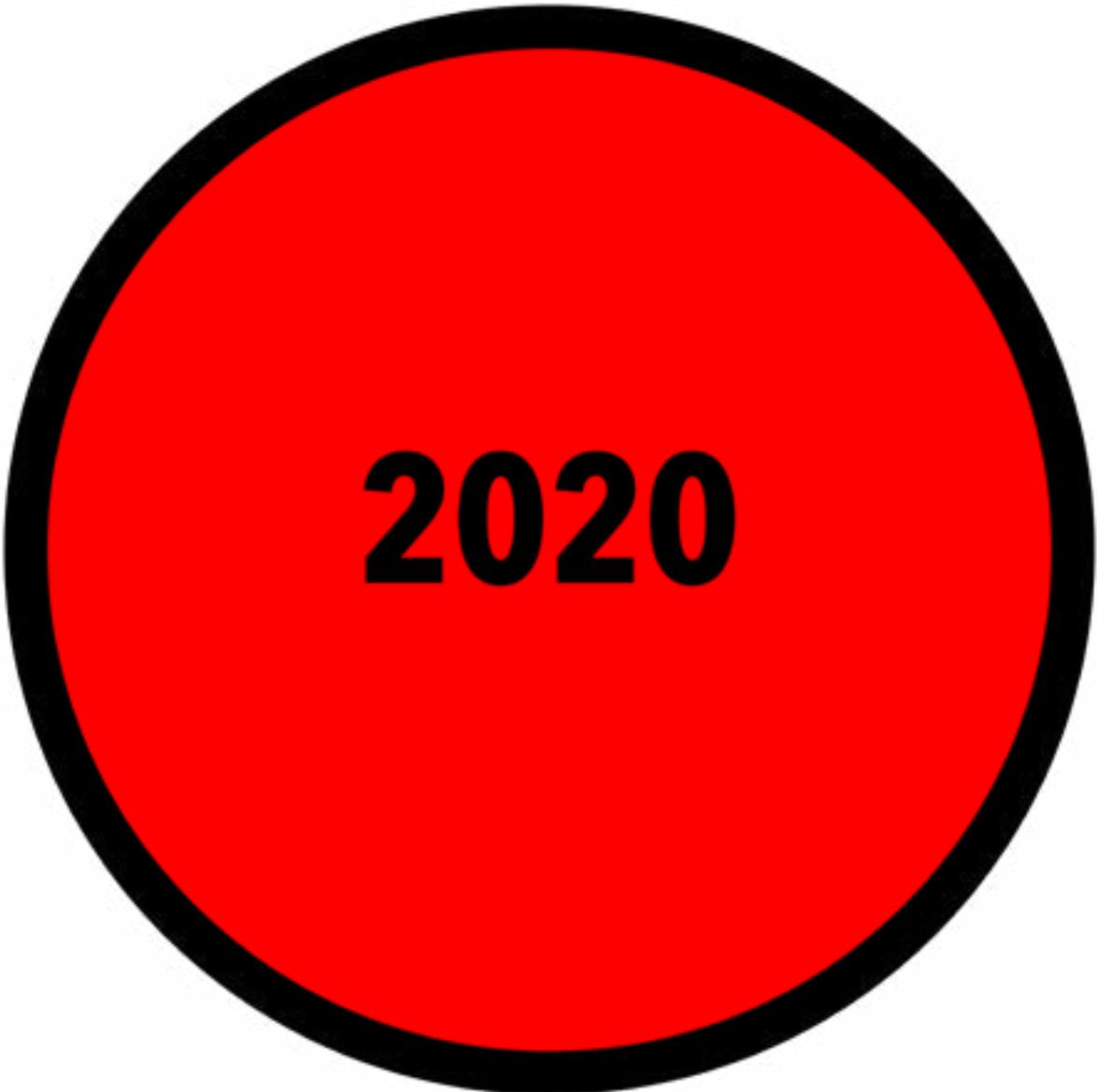
María Teresa Garzón, alias la Trevi de la academia –porque si la tiran 6 veces ella se levanta 8–, es instructora de defensa personal, fundadora del Comando Colibrí. Escuelas de defensa personal para mujeres; académica por necesidad económica especializada en estudios culturales; escritora y contadora de historias por estrategia; además es feminista con aspiración descolonial, miembro del Grupo Latinoamericano de Estudios, Formación y Acción Feminista Glefes, de la Revista Vozal y de la Red Feminismo(s), cultura y poder: diálogos desde el sur. Entre sus obras se destaca: Sólo las amantes serán inmortales. Ensayos y escritos en estudios culturales y feministas (México, 2017); Hacerse pasar por la que una no es: Modernización, criminalidad y no mujeres en la Bogotá de 1920 (México, 2018) y Blanquitud. Una lectura desde la literatura y el feminismo (Colombia, 2020).



"Juventude negra baiana". Ani Ganzala



Luz Helena Marín Guzmán



2020